

JULIO ALONSO AMPUERO

Los Salmos, Cristo y nosotros

Fundación GRATIS DATE

Pamplona, 2017

Índice

Introducción

Salmo 1. Los dos caminos

Salmo 2. Someterse a Cristo

Salmo 8. La dignidad del hombre

Salmo 12 (13). ¿Hasta cuándo?

Salmo 13 (14). ¡Ojalá venga la salvación!

Salmo 14 (15). ¿Quién es digno?

Salmo 15 (16). Tú eres mi bien

Salmo 18 (19). La creación y la Ley

Salmo 21 (22). Dios mío, Dios mío

Salmo 22 (23). Tú vas conmigo

Salmo 23 (24). Va a entrar el Rey de la gloria

Salmo 37 (38). Mis culpas sobrepasan mi cabeza

Salmo 43 (44). Por tu causa nos degüellan

Salmo 45 (46). El Señor está con nosotros

Salmo 47 (48). Dios la ha fundado para siempre

Salmo 48 (49). Nadie puede dar a Dios un rescate
Salmo 49 (50). Yo te libraré y tú me darás gloria
Salmo 50 (51). Crea en mí un corazón puro
Salmo 62 (63). Sediento de Dios
Salmo 66 (67). Que todos los pueblos te alaben
Salmo 72 (73). Para mí lo bueno es estar junto a Dios
Salmo 76 (77). ¿Es que el Señor nos rechaza
Salmo 78 (79). Han profanado tu santo templo
Salmo 79 (80). Restáuranos
Salmo 80 (81). Ojalá me escuchase mi pueblo
Salmo 86 (87). Madre de todos los pueblos
Salmo 87 (88). En las tinieblas y el abismo
Salmo 94 (95). Postrémonos por tierra
Salmo 101 (102). ¡Ten misericordia de Sión!
Salmo 106 (107). Gritaron y los salvó
Salmo 112 (113). Se abaja para levantarnos
Salmo 116 (117). Alabad al Señor todos los pueblos
Salmo 117 (118). El día que hizo el Señor
Salmo 118 (119). Tus preceptos son mi delicia
Salmo 121 (122). ¡Vamos a la casa del Señor!
Salmo 122 (123). A Ti levanto mis ojos
Salmo 124 (125). Firmes como el monte Sión
Salmo 125 (126). El Señor ha estado grande
Salmo 129 (130). Desde lo hondo
Salmo 130 (131). Como un niño en brazos de su madre
Salmo 131 (132). Una morada para el Señor
Salmo 132 (133). ¡Qué dulzura los hermanos unidos
Salmo 133 (134). En la noche bendecid a Dios
Salmo 135 (136). Es eterna su misericordia
Salmo 150. Creados para alabar a Dios

Introducción

«Aunque toda la Sagrada Escritura está impregnada de la gracia divina, el libro de los salmos posee, con todo, una especial dulzura [...]

La historia instruye, la ley enseña, la profecía anuncia, la reprensión corrige, la enseñanza moral aconseja; pero el libro de los salmos es como un compendio de todo ello y una medicina espiritual para todos. El que lo lee halla en él un remedio específico para curar las heridas de sus propias pasiones...»

San Ambrosio, De los comentarios sobre los salmos

1.- Propósito

La intención de estas páginas creo aparece bien reflejada en el título. Ante todo, debo decir que no se trata de un comentario completo y detallado de los salmos (de estos existen muchos, algunos muy buenos). Lo que he intentado es ver cómo los salmos hablan de Cristo y cómo podemos rezarlos nosotros, cristianos. El propósito es eminentemente pastoral.

En efecto, tanto mi propia experiencia como lo que he visto en otras personas indica que –sobre todo al inicio– no es fácil orar con los salmos. Esto no vale igual para todos ellos: por ejemplo, ¿quién no ha descubierto, incluso desde su primera lectura, la belleza y la confianza que transmite el salmo 23?; otros, en cambio, resultan difíciles y casi ininteligibles. Pretendo, por tanto, aportar unas pistas que ayuden a una lectura cristiana de los salmos y unas pautas que sirvan para orar con ellos hoy. Esta ha sido, por lo demás, la clave de interpretación que la Iglesia ha tenido desde el principio.

Comento cincuenta salmos, desarrollando en cada uno tres pasos: cómo lo rezó el pueblo de Israel, el salmo en labios de Jesús, y algunas pistas para nuestra oración hoy a la luz de lo anterior. Una vez captadas las claves, el lector podrá aplicarlas a los demás salmos.

2.- Fundamento

Esta convicción de toda la tradición cristiana aparece clara y perfectamente resumida en unas palabras de un autor medieval, Hugo de san Víctor, que recoge el Catecismo de la Iglesia Católica: «Toda la Escritura divina es un libro y este libro es Cristo, porque toda la Escritura divina habla de Cristo, y toda la Escritura divina se cumple en Cristo» (CEC 134).

Y, más específicamente referidas a los salmos, encontramos las nítidas palabras de san Ambrosio, quien afirma: «En los salmos hallamos profetizado no sólo el nacimiento de Jesús, sino también su pasión salvadora, su reposo en el sepulcro, su resurrección, su ascensión al cielo y su glorificación a la derecha del Padre» (Comentarios sobre los salmos).

Quizá alguien pueda considerar exageradas estas afirmaciones. Sin embargo, no son invención de los Padres de la Iglesia: las encontramos en el mismo Nuevo Testamento, que realiza una lectura de las Escrituras antiguas a la luz del misterio de Cristo.

He aquí algunos textos principales: «No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas; no he venido a abolir, sino a dar cumplimiento» (Mt 5,17). «Vosotros investigáis las Escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn 5,39). Es la presencia y la luz del Resucitado la que abre el sentido de las Escrituras, antes oculto: «Empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre Él en todas las Escrituras» (Lc 24,27; cfr. 24, 44-47, en que se menciona además expresamente «los salmos» y se afirma que Cristo «abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras»). Es la misma experiencia de Pablo, que, habiendo sido experto conocedor de las Escrituras y de la interpretación que de ellas habían

dado los mejores rabinos a lo largo de los siglos, afirma que el Antiguo Testamento está como cubierto con un velo, que sólo cae cuando uno se convierte a Cristo (2Cor 3,14-16).

Una vez más, el Catecismo resume perfectamente esta convicción de toda la tradición cristiana: «Según un viejo adagio, el Nuevo Testamento está escondido en el Antiguo, mientras que el Antiguo se hace manifiesto en el Nuevo: «Novum in Vetere latet et in Novo Vetus patet» (S. Agustín)» (CEC 129).

Es decir, no se trata de que artificialmente se apliquen a Cristo los textos del Antiguo Testamento, sino de que en el designio de Dios el misterio de Cristo, que se manifestará plenamente al llegar «la plenitud de los tiempos» (Gal 4,4), está ya de alguna manera presente en las Viejas Escrituras.

Ello es particularmente evidente en algunos textos (pensemos, por ejemplo, en el cuarto cántico del Siervo de Yahveh –Is 53–), no tanto en otros. Podemos decir que los textos quedan abiertos a una plenitud de significado, que de hecho sólo se alcanzará en Cristo. Más aún, hay salmos que parecen hechos «a la medida de Cristo» (p. ej., los salmos 2 y 72, que resultan exagerados si los referimos al minúsculo e insignificante rey de Israel).

Finalmente, en esta lectura cristiana del AT, cuando los textos hablan de Jerusalén, Sión, el templo o Israel, deben ser aplicados a la Iglesia.

3.- Criterios

La Iglesia está convencida de que los salmos «son la obra maestra de la oración en el Antiguo Testamento» (CEC 2585) y de que «usados por Cristo en su oración y encontrando en Él su cumplimiento, continúan siendo esenciales en la oración de su Iglesia» (CEC 2586). En ellos «la Palabra de Dios se convierte en oración del hombre» y en Cristo «los salmos no cesan de enseñarnos a orar» (CEC 2587), pues «aunque un salmo puede reflejar un acontecimiento pasado», sin embargo «es de una sobriedad tal que verdaderamente pueden orar con él los hombres de toda condición y de todo tiempo» (CEC 2588).

Por tanto, conviene explicitar los criterios de interpretación que vamos a manejar:

a) fidelidad al sentido literal («todos los sentidos de la Escritura se fundan sobre el literal»: Sto. Tomás de Aquino, citado en CEC 115). Aunque no hagamos un comentario detallado del salmo en su sentido literal, de él partimos y en él nos apoyamos. Intentaremos evitar todo exceso de alegorismo.

b) normalmente tomaremos el salmo en su conjunto, en su sentido unitario (algo no siempre posible, pues en algunos salmos es difícil captar esa unidad interna) y desde él accederemos al sentido cristiano (lo cual no impedirá en algunos casos captar la relevancia de ciertas expresiones particulares).

c) esta lectura cristiana tendrá como referente principal el Nuevo Testamento y la Tradición de la Iglesia, que en muchos casos han explicitado lo que en el texto veterotestamentario permanecía velado; en los casos en que esa explicitación no se da, procuraremos hacerla en sintonía con el conjunto de la Revelación, con la Tradición –padres de la Iglesia, liturgia, santos– y con el Magisterio de la Iglesia.

d) partiendo de ello, realizaremos la actualización a la vida del creyente (aun siendo conscientes de que se tratará sólo de indicaciones y sugerencias que de ningún modo pretenden exprimir la inagotable riqueza del texto bíblico ni sus ilimitadas aplicaciones concretas).

Resumiendo, podemos descubrir en cada salmo tres niveles de lectura:

1.- cómo lo entendió y oró con él el pueblo de Israel (sentido literal)

2.- cómo oró Jesús con él y qué nos dice de Cristo (sentido cristiano o espiritual)

3.- cómo ora con él la Iglesia y cómo podemos orar nosotros con él hoy (actualización)

Partiremos del primer nivel, del que daremos algunos breves apuntes. Haremos algunas indicaciones acerca del segundo (notando que algunos salmos ya antes de Cristo se entendían en sentido mesiánico, es decir, se tenía la convicción de que hablaban del futuro Mesías).

Apuntaremos, en fin, algunas sugerencias para el tercero, conscientes de que «estas cosas sucedieron en figura para nosotros» y «fue escrito para aviso de los que hemos llegado a la plenitud de los tiempos» (1Cor 10,6.11); estas sugerencias no agotan las aplicaciones del salmo, dado que recogen experiencias humanas universales y, por tanto, aplicables a situaciones muy diversas. En todo caso, los niveles segundo y tercero deben ir en la línea y dirección del sentido literal y a la luz de la totalidad de la Revelación cristiana para no caer en aplicaciones subjetivas y arbitrarias.

4.- Sugerencia

Para orar con los salmos puede ayudar repetirlos pausadamente, saboreándolos. Se puede repetir una frase un número indefinido de veces. Como «la Palabra de Dios es viva y eficaz» (Hb 4,12), de ese modo va calando en el alma, va impregnando mente y corazón, va produciendo efectos diversos (ilumina, consuela, fortalece, convierte...)

Nota

Algunos Salmos, por razones históricas, tienen una numeración doble. Una es la numeración *hebrea* y otra la *griega*, seguida en la *Vulgata*. En la obra presente el número primero corresponde a la numeración griega/Vulgata, que es la usual en la Liturgia; y el segundo, a la hebrea.

Salmo 1. –Los dos caminos

Es significativo que el salterio comience con una bienaventuranza («dichoso»): Dios sólo busca hacer feliz al hombre. Pero es igualmente relevante que inicie con la doctrina de los dos caminos: el hombre puede errar en su búsqueda de la felicidad. El salmo contrapone el camino del hombre que se adhiere a la voluntad de Dios (vv.1-2), camino que es fuente de fecundidad y acaba bien (v.3), al camino del impío que se sitúa de espaldas a Dios y sólo conduce a la esterilidad y al fracaso (vv.4-6).

Los tres primeros versículos son un retrato de Cristo. Él ha bajado del cielo para hacer la voluntad del Padre (Jn 6,38); a ella se ha adherido totalmente, hasta el punto de que ha constituido su «alimento» cotidiano (Jn 4,34). De este modo ha sido ese árbol plantado junto a la corriente de agua –enraizado en el Padre– que ha dado fruto abundante y cuanto ha emprendido ha tenido buen fin (vida eterna y abundante: cfr. Jn 10,10).

El salmo nos invita a tomar postura (cfr. Mt 7, 13-14), porque sólo hay dos maneras de plantear la vida: construirla sobre Dios o sobre nosotros mismos (Jer 17,5-8), vivir según su Palabra o escucharla sin practicarla (Mt 7,24-27). Sólo el primero de los dos caminos es fuente de dicha (aunque sea estrecho y angosto), sólo él hace fecunda nuestra vida, sólo él acaba bien. Plantear nuestra vida de espaldas a Dios ya su voluntad (aunque parezca camino ancho y espacioso) es optar por una vida inconsistente y estéril («paja que arrebató el viento») que «acaba mal» («lleva a la perdición»).

Por lo demás, conviene resaltar que no se trata sólo de una práctica externa, sino de «gozarse», «complacerse» en la Ley de Dios –en cuanto expresión de su santa y amorosa voluntad– y de «meditarla día y noche», para asimilarla e interiorizarla, hasta que la propia voluntad se configure a la de Dios (cfr. Sal 19,8-15 y 119).

Salmo 2. –Someterse a Cristo

El contexto para entender este salmo es la entronización de un nuevo rey. Como descendiente de David y portador de la promesa y bendición divinas (2Sam 7), renueva y hace presente la alianza y la protección de Dios para con su pueblo. Ante la rebelión de los pueblos vasallos (vv.1-3), Dios mismo interviene decretando el señorío del nuevo rey (vv.4-6) y su adopción como hijo (vv.7-9), y termina con la invitación a los vasallos para que se le sometan (vv.10-12).

Ya antes del cristianismo la tradición judía consideraba mesiánico este salmo. De hecho, varias de sus expresiones resultan absolutamente hiperbólicas referidas al minúsculo e insignificante rey de Israel: «te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra» (v.8). El cristianismo primitivo ha encontrado normal aplicar el salmo a Cristo, sea para subrayar su filiación divina (Mt 3,17par.; 17,5par.; Hb 1,5), su condición sacerdotal (Hb 5,5) o su señorío incontestable (Hch 4,25-26; 13,13; Ap 2,26-27; 12,5; 19,15).

Por tanto, para nosotros cristianos es una invitación a reconocer a Jesús como Señor y a someternos libre y gozosamente a su señorío salvífico (Rom 10,9). En efecto, es dichoso quien en Él se refugia y a Él se acoge (v.12); la dicha que el salmo 1 proclamaba como fruto de la obediencia a la voluntad de Dios queda así concretizada como sumisión a Cristo; y esta, a su vez, se especifica en el cumplimiento de sus mandatos (Sal 1,1-3).

No sólo la vida individual. También la historia de los pueblos se decide entre la rebelión contra Cristo (vv.1-3), absolutamente vana (Dios «se ríe»: v.4), y la aceptación del señorío de Aquel a quien la liturgia proclama «Rey del universo». Todos los pueblos y sus gobernantes deben someterse (vv.10-12), puesto que Dios mismo le ha constituido Rey y Señor (v.6; cfr. Hch 2,36) y en cuanto Hijo (v.7) le ha dado en herencia todas las naciones (v.8; cfr. Mt 28,18-19; Ap 1,5). Sobre aquellos que le acojan derramará su influjo salvífico: «¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas tanto económicos como políticos, los dilatados campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo» (Juan Pablo II, Homilía en el inicio de su pontificado).

Salmo 8. –La dignidad del hombre

Alabanza llena de admiración ante la grandeza y la majestad de Dios, que ha creado el universo y ha otorgado al hombre el señorío sobre la creación. Ante las maravillas del cielo, la luna y las estrellas, el hombre se siente pequeño y confundido por el hecho de que Dios le haya concedido semejante dignidad. Todo lleva a levantar la mirada a Dios; así comienza y termina el salmo: «¡qué admirable es tu nombre!» (vv.2.10).

Las palabras de Pilatos («he aquí el hombre»: Jn 19,5) resultan proféticas. Jesús es «el verdadero hombre», realiza perfectamente la imagen y semejanza querida en el principio por Dios (Gen 1,26),

pues en su humanidad es «icono del Dios invisible» (Col 1,15). Incluso cuando, ultrajado y humillado, no tiene ni apariencia humana (cfr. Is 52,14) realiza y manifiesta la máxima dignidad al entregar su vida por amor. Por su resurrección ha sido constituido Señor (Fil 2,10-11) y «todo ha sido sometido bajo sus pies» (v.7, citado en 1Cor 15,27; cfr. Mt 28,18). Vemos así a Jesús «coronado de la gloria y honor» anunciados por el salmo (vv.5-7, citados en Hb 2,5-9): un hombre verdadero elevado a la máxima dignidad posible, más aún, inimaginable para el salmista.

«¡Reconoce, cristiano, tu dignidad!» (S. León Magno). Si el salmista era capaz de maravillarse de la dignidad otorgada al hombre, ¡cuánto más nosotros, conocedores de la plenitud de la Revelación! En efecto. No sólo hemos sido constituidos señores de la creación (v.7; Gen 1,28-30), sino que somos hijos de Dios y coherederos de Cristo (Rom 8,14-17), templos del Espíritu Santo (1Cor 6,19); más aún, somos «partícipes de la naturaleza divina» (2Pe 1,4): la unión con Cristo nos diviniza, nos «confiere dignidad eterna» y «nos hace a nosotros eternos» (prefacio III de Navidad). Verdaderamente, «¿qué es el hombre para que te acuerdes de él?» (v.5).

El salmo comienza y termina en la admiración: esta debería ser la actitud que abarcase toda nuestra vida y nunca nos abandonase.

Salmo 10 (11) . –Al Señor me acojo

El orante se encuentra en una situación dramática, pues la maldad triunfa, hasta el punto de que los cimientos mismos del orden social se tambalean (vv.2-3); sus propios amigos le aconsejan huir (v.1). Pero en medio de este caos emerge la confianza en la presencia de Dios (que «está en su templo»), en su soberanía («tiene su trono en el cielo») y en su rectitud como juez («examina a inocentes y culpables») que le llevará a dictar una sentencia justa y definitiva (vv.4-7). De ahí su serenidad («al Señor me acojo»: v.1), ante la certeza de que finalmente se impondrá la justicia de Dios y «los buenos verán su rostro» (v.7).

El salmo recoge una experiencia humana frecuente en todas las épocas: el mal parece triunfar por doquier. Antes este torrente devastador, el justo por sí solo nada puede hacer (v.3). Parece que lo razonable es escapar (v.1). Pero la fe nos proporciona la certeza firme e inmovible de que Cristo es el Señor que desde «su trono» domina majestuosa y soberanamente la historia, y es a también el Juez que discierne entre justo e injusto, entre bien y mal. En esta certeza descansa la confianza del orante. Las palabras «¿qué podrá hacer el justo? - Pero el Señor está en su templo santo» evocan aquellas otras: «Para los hombres es imposible/pero Dios lo puede todo» Mc 10,27); o también: «En el mundo tendréis luchas - pero tened valor: Yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Sin embargo, la experiencia nos dice que con demasiada frecuencia en la historia de los hombres el mal vence (o al menos parece vencer). En este sentido el salmo apunta a una perspectiva escatológica, al momento en que Dios hará justicia y el mal será definitivamente aniquilado por el poder de Cristo (Ap 18,1-24; 19,1-9; 20,9-15). Sólo en perspectiva de eternidad se pueden encajar los males e injusticias del tiempo presente, con la seguridad de que «el Señor es justo y ama la justicia, y los buenos verán su rostro» (v.7); sólo entonces el «Juez de vivos y muertos» (Hch 10,42) nos concederá que le veamos «cara a cara» (1Cor 13,12) y se alcanzará la justicia perfecta.

Salmo 12 (13) . –¿Hasta cuándo?

Se trata de una oración de extraordinaria intensidad. Cuatro veces se repite la exclamación «¿hasta cuándo?». No se detallan mucho las circunstancias de la situación del salmista (preocupado, apenado, con la impresión de que Dios le olvida y el enemigo triunfa), que estalla en una ardiente súplica («atiende y respóndeme») y desemboca en un acto de plena confianza que anticipa el gozo de la salvación y la alabanza por el bien recibido.

También el Hijo de Dios hecho hombre ha querido experimentar la oscuridad (Mc 15,34) y ha orado «con poderoso clamor y lágrimas» (Hb 5,7-8) y con turbación (Jn 12,27). Como nadie, Él ha experimentado el auxilio del Padre, que no ha permitido que triunfe su enemigo (Jn 12,31-32). Si bien estaba en los planes del Padre que su Hijo «duerma en la muerte» y aparentemente el adversario salga victorioso, lo cierto es que la confianza de Jesús no ha quedado defraudada, y ahora –resucitado– glorifica eternamente al Padre («cantaré al Señor por el bien que me ha hecho»).

Si bien es cierto que «no sabemos pedir como conviene» (Rom 8,26) y que hay que evitar que nuestras impaciencias carnales se adueñen de nuestra oración, no es menos cierto que este y otros salmos atestiguan una «santa impaciencia», una súplica apasionada y ardiente con carácter de urgencia. Y también están inspirados por el Espíritu Santo: eso significa que no siempre nos mueve a una oración serena y pacífica, sino que también nos comunica los santos ardores del corazón de Cristo («he venido a arrojar fuego en la tierra y ¡ojalá estuviera ya ardiendo!»: Lc 12,49; «venga tu Reino»: Mt 6,10). Impaciencia que no deja de ir unida a la confianza total y absoluta («yo confío en tu misericordia»).

Salmo 13 (14) . – ¡Ojalá venga la salvación!

Presenta una situación generalizada de injusticia (vv.1-4: «No hay uno que obre bien, ni uno solo») que proviene del olvido de Dios («no invocan al Señor», no le buscan). Pero Dios está presente y actúa (vv.5-6); en ello se apoya la súplica ardiente del salmista («¡ojalá venga desde Sión la salvación de Israel!») y la certeza de su intervención salvífica portadora de gozo («cuando el Señor cambie la suerte de su pueblo, se alegrará Jacob, se gozará Israel»: v.7).

La visión del salmo parece pesimista. Sin embargo, el NT la confirma y la amplía. Particularmente san Pablo dedicará los primeros capítulos de la carta a los Romanos a demostrar que «todos están bajo el pecado» (Rom 3,10), que «todos pecaron y están privados de la gloria de Dios» (3,23); más aún, indicará la raíz de este mal: la inmoralidad que inunda el mundo proviene de no reconocer a Dios y de no glorificarle, de dejarle en la práctica fuera de la vida (1,21 ss); el olvido de Dios es la causa de la ceguera de los hombres, que los vuelve necios y esclavos de todo tipo de desórdenes y pecados. San Juan, por su parte, exclamará: «el mundo entero yace en poder del maligno» (1Jn 5,19).

Ante la inundación del pecado, Dios está dispuesto a ofrecer la salvación de todos si encuentra algunos justos (Gen 18,16-32). Más aún, Dios perdonaría a Jerusalén si hallara en ella un solo justo (Jer 5,1; Ez 22,30). Pero no lo hay, como resalta nuestro salmo. Sólo la aparición del Justo (Hch 3,14), el Siervo de Yahveh, justificará a muchos con su sufrimiento (Is 53; cfr. Rom 3,21-26; 1Cor 1,30). Con Él, efectivamente ha venido la salvación de Israel (y de todos los pueblos) y el Señor ha cambiado la suerte de su pueblo (v.7) de pecadora en justa. Gracias a Cristo, «donde abundó el pecado sobrepasó la gracia» (Rom 5,12-21).

El cristiano no es pesimista ni optimista. Contempla el mal del mundo en toda su hondura y extensión, en toda su gravedad. Pero no se desanima, sino que clama al Salvador («¡ojalá venga...!»), pero desde la certeza de que ya ha venido y desde el deseo de que su salvación alcance a todos, ya que «no se nos ha dado otro nombre en el que podamos ser salvos» (Hch 4,12). Este es un salmo para la nueva evangelización: Cristo aceptado e invocado en cada corazón cambiará la suerte de nuestro mundo, renovará la faz de la tierra. Y ello «desde Sión» (v.7), es decir, desde la Iglesia.

Salmo 14 (15) . –¿Quién es digno?

Al llegar al templo el peregrino pregunta las condiciones para entrar en la intimidad de Dios («hospedarse») y permanecer en ella («habitar»). La respuesta enumera las condiciones para este acceso: no se trata de disposiciones externas o rituales, sino de actitudes éticas profundas. El que así obra permanecerá firme, sin vacilar.

Cristo es el único santo que cumple –y de manera desbordante– todas las condiciones para entrar en el templo. Él ha penetrado de hecho, no en un santuario construido por manos de hombres, sino en el santuario celestial (Hb 8,1-2; 9,11-12). Pero al purificarnos con su sangre también nos hace dignos y nos introduce en el templo del cielo (Hb 10,19-22).

Mientras permanecemos en este mundo, Jesús rechaza el culto puramente externo en el que no va implicada nuestra vida (Mt 15,1ss) e inaugura el verdadero culto «en espíritu y en verdad» (Jn 4, 21-24). Más aún, para entrar en el santuario definitivo y eterno (en la herencia de la vida eterna) no basta cumplir los mandamientos, sino que es necesario dejar todo y seguir a Jesús (Mc 10, 17ss), porque Él es el verdadero templo (Jn 2,21): en Él está llamado a permanecer el discípulo (Jn 1, 38-39; 15,4) una vez purificado por su palabra (Jn 15,3).

La Iglesia es consciente de la necesidad de pureza para acercarse al Señor en la liturgia, pues sólo los limpios de corazón ven a Dios (Mt 5,8). Pero también sabe que no hay quien sea justo, ni siquiera uno solo (Rom 3,10). Por eso exige la reconciliación previa con Dios y con el prójimo (Mt 5,23-24) y comienza diariamente la celebración de la misa con el acto penitencial, puesto que cada día pecamos. Y antes de la comunión eucarística nos hace reconocer que no somos dignos de recibir a Cristo, pero nos invita a confiar en que una palabra suya bastará para sanarnos (Lc 7,6-7), pues no ha venido a buscar a los justos, sino a los pecadores (Mt 9,13).

En cuanto a la importancia de la rectitud ética para el encuentro con Dios, san Agustín afirma: «Amando a tu prójimo afinas tu mirada para ver a Dios».

Salmo 15 (16) . –Tú eres mi bien

Expresa como pocos la intimidad con Dios. Ante la elección fundamental («Tú eres mi bien»), todas las demás opciones («dioses y señores de la tierra») palidecen. El creyente experimenta tal plenitud en Dios («me encanta mi heredad»), tal seguridad («siempre presente... no vacilaré»), tal gozo («se me alegra el corazón»), que hasta el límite de la muerte queda roto («no me entregarás a la muerte») y se abre a una «alegría perpetua» en la presencia del Señor.

Hch 2,25-23 y 13,35 aplican este salmo a la resurrección de Cristo. A Él el Padre no le ha ahorrado pasar por la muerte y la sepultura, pero sí le ha liberado de la corrupción mediante la resurrección que el salmo intuía (por eso su carne ha descansado «serena» en la tumba: v.10). Nadie como Cristo ha elegido al Padre como su único bien, como su lote y heredad, nadie como Él ha experimentado la seguridad de su presencia (v.8). Los vv.9-11 expresan este gozo de Cristo, gozo sereno y esperanzado antes de la muerte, gozo exultante, desbordante y perpetuo después de la resurrección: este es el estado actual de Cristo.

Los vv.5-6 parecen referir este salmo a los levitas, que en el reparto de la tierra no recibían ningún lote, sino que el Señor mismo era su lote y su heredad. Esto hace el salmo especialmente aplicable al sacerdote ya todo consagrado: renunciando a toda heredad terrena, tiene al Señor como único lote, y esto le hace dichoso y feliz; con Pedro puede decir: «Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido» (Mc 10,28). Cristo basta y sacia, ya en este mundo: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6,68).

Pero también todo creyente puede decir con verdad: «Tú eres mi bien», mi único bien, ante quien todo se vuelve crepuscular y que no cambiaría por nada. Con Pablo puede renovar su opción por Cristo: «las cosas que para mí eran ganancia, sigo considerándolas, a causa de Cristo, una pérdida, por la enorme ventaja del conocimiento de Jesucristo, mi Señor, por quien sufrí la pérdida de todo y todo lo considero basura a fin de llegar a Cristo» (Fil 3,7-8). Él es el Tesoro que hemos encontrado por pura gracia y que nos hace capaces de renunciar con alegría a todo lo demás (Mt 13,44). La unión y la intimidad experimentadas en este mundo («hasta de noche me instruye internamente»: v.7) son una preguistación del cielo, cuando la presencia del Señor «cara a cara» nos colmará de un gozo totalmente saciativo y de una alegría eterna e inacabable (v.11).

Salmo 18 (19) . –La creación y la Ley

Tres partes claramente definidas tiene el salmo, formando sin embargo una perfecta unidad. Toda la creación es un mensaje silencioso y continuo (vv.2-7): canta la gloria de Dios y manifiesta al hombre su belleza y su poder. Por su parte, la Ley, como expresión de la voluntad del Señor, es portadora de luz, descanso, alegría y hasta deleite para el hombre (vv.8-11). El hombre, por su parte, es invitado a unirse a este orden armonioso formado por la creación y la Ley: como es pecador, necesita el socorro y la misericordia de Dios para que se complete la sinfonía en perfecto orden y armoniosa belleza (vv.12-15).

¿Tenemos la mirada del corazón lo suficientemente purificada para percibir esa gloria de Dios en la creación? ¿Tenemos abiertos los oídos del alma para escuchar el grito silencioso de la naturaleza? Recordemos el testimonio de los santos; por ejemplo, la emoción profunda de san Francisco de Asís en el «Cántico de las criaturas»: «loado seas mi Señor...»

En un mundo que rechaza toda ley y considera los mandamientos de Dios un estorbo para la libertad, el salmo nos hace saborear («más dulce que la miel») y apreciar («más preciosos que el oro») la voluntad de Dios como nuestro verdadero bien. Sólo ella es «descanso del alma», «da luz a los ojos», es «verdadera» y «justa»... Nuestra tarea es ajustarnos a ella mediante la purificación y la humildad para no desentonar y para que también nuestra vida sea un canto de alabanza al Creador.

Cristo es presentado en el NT como «Sol que nace de lo alto» (Lc 1,78), que ilumina a todo hombre (Jn 1,9), y como Esposo que sale del Padre (Mt 9,15; Jn 3,29) para recorrer su camino ofreciendo a cada persona el calor de su amor (vv.6-7). Los apóstoles, por su parte (Rom 10,18 aplica a ellos el

v.5), son llamados, como testigos de esta luz y este amor, a difundir la Buena Nueva por el mundo entero...

Salmo 21 (22) . –Dios mío, Dios mío

Muy cercano al cuarto cántico del Siervo (Is 53), este salmo expresa con una intensidad impresionante el sufrimiento físico de un hombre que además se siente despreciado por los suyos y abandonado por Dios. Pero lo más increíble es que desde este sufrimiento extremo el orante se eleva a una esperanza triunfante que desemboca en la acción de gracias, la alabanza y la adoración. Tras la invocación inicial (vv.2-3), aparecen los motivos en que apoya la súplica (vv.4-12). Los vv.13-22 describen con imágenes muy expresivas lo terrible de su sufrimiento, que culmina en una acción de gracias universal (vv.23-32).

Las palabras iniciales del salmo (v.2) aparecen en labios de Jesús en la cruz (Mt 27,46) y numerosas expresiones del mismo las encontramos en los relatos de la pasión de los diversos evangelistas. Ello significa que podemos «escuchar» a Jesús orando el salmo completo. Los atroces sufrimientos no le llevan a encerrarse en sí mismo, sino que le abren al Padre en una confianza heroica. Pero lo más admirable es escuchar al Crucificado dar gracias e invitar a todos a alabar al Padre en la certeza de ser escuchado (vv.23ss); más aún, esta invitación se transforma en certeza de que «las familias de los pueblos» «volverán al Señor» y «en su presencia se postrarán» (v.28); también los muertos le adorarán (v.30), y contarán su justicia las generaciones futuras, «descendencia» de Cristo, «pueblo que ha de nacer» (vv.31-32) de su costado abierto.

Adoración de Cristo y del Padre universal en el espacio, en el tiempo y en la eternidad. Incluso podemos leer las palabras «los desvalidos comerán hasta saciarse» en referencia al Cuerpo de Cristo que será dado en alimento gracias a su muerte y resurrección... En lo más atroz de su sufrimiento, Cristo se goza en la fecundidad desbordante de su redención.

De este modo aprendemos que también nuestro sufrimiento puede ser entendido y vivido con un sentido nuevo. Cristo lo ha tomado y transformado desde dentro. Nuestro dolor no sólo no es maldición o castigo, sino que es ocasión de una confianza más genuina en el amor de Dios. Lejos de angustiarnos, puede ensanchar nuestro corazón en la adoración y la gratitud desde el momento en que tenemos la certeza de que nuestro sufrimiento es fecundo y fuente de vida para muchos (Col 1,24; 2Cor 4,10-12).

Salmo 22 (23) . –Tú vas conmigo

Una de las expresiones más intensas y emotivas de la seguridad, la paz y la calma que brotan de la confianza en Dios. Este aparece como Buen pastor (vv.1-4) y como anfitrión que acoge al huésped (vv.5-6). Rezumando serenidad y confianza absoluta, es uno de los salmos más conocidos y apreciados por los creyentes.

Las sugerentes imágenes que aparecen en el salmo encuentran en Cristo (que se presenta a sí mismo como Buen Pastor: Jn 10,1-18; cfr. 1Pe 2,25; 5,2-4) su más perfecta realización. En el camino de la vida atravesamos cañadas oscuras, pero Cristo Buen Pastor va conmigo (Mt 28,20), me guía y me precede (Jn 10,4), me conforta y me sostiene. Nos apacienta en las fuentes tranquilas de la gracia

(«el que tenga sed, que venga a Mí y beba»: Jn 7,37); en medio de los enemigos y peligros, nos prepara la mesa de la Eucaristía y nos unge con el perfume de su Espíritu... «todos los días de mi vida» (cfr. Mt 28,20). Como es el Buen Pastor que conoce y ama a sus ovejas (Jn 10,14-15), podemos descansar «en las verdes praderas» de la oración, sabiéndonos conocidos y amados por Él. En cuanto Buen Pastor que da la vida por las ovejas (Jn 10,11), nos guía «por el sendero justo» y nos lleva a «habitar en la casa del Señor por años sin término», es decir, para toda la eternidad.

La apertura de las expresiones simbólicas («fuentes tranquilas», «reparar las fuerzas», la «mesa» y la «copa», la «unción») hace fácil y natural su aplicación a los sacramentos cristianos.

Las intensas expresiones de confianza («nada me falta», «nada temo», «me sosiega», «vas conmigo», «me hace recostar», «me conduce», «repara mis fuerzas»...) encuentran su mejor eco en los versos de santa Teresa de Jesús: «Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta».

El destino final del pastoreo de Cristo es el cielo. No nos ahorra las oscuridades, pruebas y tentaciones de esta vida, pero nos sostiene en ellas hasta llevarnos a «habitar en la casa del Señor». Si somos ovejas dóciles a su voz, el destino final es el Paraíso, aunque hayamos estado perdidos (cfr. Lc 23,43), pues es su especialidad buscar a la oveja perdida hasta encontrarla, cargando con ella llenos de gozo hasta introducirla en la Casa del Padre (Lc 15,4ss).

Salmo 23 (24) . –Va a entrar el Rey de la gloria

Este canto de alabanza a Dios como Creador y Rey victorioso (vv.1-2) combina la entrada del arca en el templo después de una victoria (vv.7-10) junto con las condiciones requeridas por parte de los fieles para participar en el culto (vv. 3-6).

La liturgia cristiana aplica este salmo a la ascensión. Las «puertas eternas» se abren ante el Rey de la Gloria, que después de haberse mostrado «héroe valeroso», «valeroso en la batalla» de su pasión, entra triunfante como «Dios del universo» en el Santuario celestial (Hb 6,20). Propiamente sólo Cristo puede «subir» y «estar» en «el recinto sacro»: es el único «inocente» (Hb 7,26) y «puro» para entrar en la Jerusalén celestial (Ap 21,27).

También podemos referir el salmo a las diversas «entradas» de Cristo en el templo que es la Iglesia y en el que somos cada uno de nosotros. En cada una de estas «entradas» (comunión eucarística, sacramentos, oración...) «el Rey de la Gloria» –Cristo Resucitado– viene con todo su poder como «héroe valeroso», como «el más fuerte» que vence al maligno y lo echa fuera (Lc 11,21s). A nosotros nos toca disponernos buscando su rostro (v.6) con verdadero deseo y abriéndole las puertas (vv.7-9) de nuestro corazón (Ap 3,20) con sincera disponibilidad para que entre. Así es como nos va dando «manos inocentes y puro corazón» (v.4), pues, habiéndonos asumido en su encarnación (Hb 2,11.14), nos lava con su sangre (Ap 7,14) y nos arrastra en su victoria (vv.7-8; cfr.2Cor 2,14); de este modo, también nosotros podremos ingresar en el Santuario celestial, pues sólo los limpios de corazón ven a Dios (Mt 5,8).

La liturgia aplica también este salmo a la encarnación: María es el «recinto sacro» en el que virginalmente entra «el Rey de la Gloria», convirtiéndose así en Arca de la Nueva Alianza.

Salmo 37 (38) . –Mis culpas sobrepasan mi cabeza

Es la súplica de un enfermo que, además, se reconoce culpable (vv.4-5.19). A la enfermedad (vv.4.6-9-11) se unen otros males: el abandono de los amigos (v.12) y el acoso de los enemigos (vv. 13.20-21). Pero en medio de todo este sufrimiento emerge como una roca inexpugnable la confianza en Dios, a quien el orante suplica intensamente (vv.10.16-17.22-23).

Es fácil contemplar en este salmo el sufrimiento físico de Cristo («no hay parte ilesea en mi carne»), el abandono de los discípulos más cercanos durante la pasión (Mt 26,56), la actitud distante de todos sus conocidos (Lc 23,29), el silencio que mantiene Jesús ante los acusadores (vv.14-15; Mt 26,63; Mc 14,61), y –en medio de todo ello– su confianza inalterable en el Padre («en ti, Señor, espero, y tú me escucharás, Señor Dios mío»: v.16).

Pero, ¿qué decir de la confesión del propio pecado? Pues Jesús es al Santo, el totalmente inocente (Hb 7,26). Sin embargo, ya en el AT encontramos el misterio del inocente que sufre: es el caso de Job, por ejemplo. Más allá va el cuarto cántico del Siervo, de quien se afirma que «Yahveh cargó sobre él la culpa de todos nosotros» (Is 53,6) mientras él permanecía en silencio (v.7), y que «llevó el pecado de muchos» (Is 53, 12) siendo totalmente inocente. San Pablo llegará a afirmar que «a Aquel que no conoció pecado Dios le hizo pecado por nosotros» (2Cor 5,21) y que Cristo nos rescató de la maldición «haciéndose él mismo maldición por nosotros» (Gal 3,13).

Cargando con los pecados de los hombres como propios, Jesús ha podido rezar las palabras de este salmo en primera persona: «Mis culpas sobrepasan mi cabeza, son un peso superior a mis fuerzas» (v.5), «yo confieso mi culpa, me aflige mi pecado» (v.19). Así el salmo nos adentra en el misterio de Cristo que se hace solidario de la humanidad pecadora, que acoge en su corazón las consecuencias del pecado de los hombres y lo redime «desde dentro».

Este es el tercero de los salmos penitenciales. Precisamente desde la expiación y redención de Cristo podemos sinceramente reconocer nuestros pecados, como condición indispensable para que sean perdonados (1Jn 1,8-9), y abrirnos con confianza («Señor mío», «Dios mío») al Dios que acoge, salva y consuela.

Salmo 43 (44) . –Por tu causa nos degüellan

Se trata de una lamentación y súplica en tiempo de derrotas y desgracias nacionales. Recordando lo que Dios hizo por su pueblo (vv.2-9), se constata el presente calamitoso (vv.10-17), que se hace más duro porque el pueblo es derrotado precisamente en una época de fidelidad (vv.18-27). En efecto, si en otros salmos las desgracias sufridas hacen tomar al pueblo conciencia de su pecado, aquí es lo contrario: «todo esto nos viene encima sin haberte olvidado ni haber violado tu alianza... ni se desviaran de tu camino nuestros pasos» (vv.18-19); más aún, «por tu causa nos degüellan» (v.23).

Lo que en el salmo queda como un enigma: «¿por qué?» (vv.24.25), se esclarece en la revelación del NT. La Iglesia es perseguida *precisamente* por causa de su fidelidad a Cristo: «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros... Como no sois del mundo... por eso os odia el mundo» (Jn 15, 18-21). «¿Qué gloria hay en soportar los golpes cuando habéis fallado? Pero si obrando el bien soportáis el sufrimiento, esto es cosa bella ante Dios» (1Pe 2,20), pues ese es el ejemplo de Cristo, un sufrimiento injusto soportado con y por amor (1Pe 2,21-24).

La angustia y desazón del salmo encuentran sentido a la luz de Cristo: «Todo el que se proponga vivir piadosamente en Cristo será perseguido» (2Tim 3,12; cfr. 1Tes 3,2-4). Lo que era vivido con

amargura y decepción, se convierte –sin perder su carácter misterioso– en motivo de gozo: «Dichosos los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,10-12; 1Pe 3,14.17; 4,12-16).

San Pablo cita el v.23 en Rom 8,36 para indicar cómo en medio de la persecución permanecemos envueltos y sostenidos por el amor de Dios (cfr. También 2Cor 4,11: la persecución es fecunda, porque nos une a la muerte de Jesús que es portadora de vida). Aunque somos enviados «como ovejas en medio de lobos» (Mt 10,16; cfr. V.23 del salmo), Jesús insiste: «No temáis» (Mt 10, 26.28.31), pues en medio de la persecución Él mismo nos protege. La tribulación se convierte en grito de victoria: «¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?» (Rom 8,35), ya que en la cruz misma está la victoria: «En todo esto salimos plenamente vencedores gracias a Aquel que nos ha amado» (Rom 8,37).

Salmo 45 (46) . –El Señor está con nosotros

Es un cántico de Sión, o mejor, al Dios que en ella está presente. La triple repetición del estribillo (vv.4.8.12) es el quicio del salmo, que transmite confianza y seguridad. En medio de los cataclismos (vv.3-4) la presencia de Dios da firmeza a la ciudad santa. En medio de los conflictos bélicos (v.7), Jerusalén es un oasis de paz (vv.5-6), porque Dios mismo con su poder no sólo vence a los enemigos, sino que aniquila la guerra (vv.8-11).

En el triple estribillo («el Señor de los Ejércitos está con nosotros») resuenan las palabras de Mt 1,23: Jesús es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Por tanto, la Iglesia es la comunidad del Emmanuel (Mt 18,20; 28,20), el lugar por excelencia de la presencia de Aquel a quien «ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mt 28,18) y que ha «vencido al mundo» (Jn 16,33).

Todo el salmo es un precioso canto a la Iglesia. La presencia de Cristo en ella la protege de todo «terremoto» (vv.3-4) del tipo que sea, y su señorío somete toda fuerza hostil (v.7). Las aguas del Espíritu (Ap 22,1-2; cfr. Ez 47,1-12) la purifican y fecundan, haciendo de ella un Paraíso (v.5). Dios la socorre «al despuntar la aurora» (v.6), la hora de la resurrección; pero está siempre en ella (triple estribillo). En ella somos invitados a contemplar las maravillas que el Señor hace en la tierra (v.9) y a someternos a Él (v.11; cfr. Fil 2,10-11; 2Cor 10,5), que es nuestra Paz (v.10; cfr. Ef 2,14).

Salmo 47 (48) . –Dios la ha fundado para siempre

Este canto de Sión es una preciosa expresión de fe y confianza en el Dios que habita en medio de su pueblo en el templo de Jerusalén (vv.2-4). Desde ahí protege al pueblo y defiende a sus fieles frente a los ataques de los enemigos (vv. 5-8). Esta nueva victoria convierte al pueblo en testigo viviente de la intervención de Dios (vv.9-12) y renueva su confianza en la presencia protectora del Señor (vv.13-15).

Este salmo nos invita a una mirada contemplativa del misterio de la Iglesia que resplandece de belleza (Ef 5,27). Sin embargo, su secreto y su fuerza residen en la presencia de Cristo en ella: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos» (Mt 28,20). Los poderes del mundo se alían contra ella, pero se desvanecen ante la sola presencia de Cristo que ha prometido: «las puertas

del infierno no prevalecerán sobre ella» (Mt 16,18). «Dios la ha fundado para siempre» (v.9): la Iglesia terrestre alcanzará su plenitud y consumación en la Iglesia celestial (Ap 21,1ss. 9-27).

La Iglesia es invitada a no mirarse a sí misma, sino a Aquel en quien reside su seguridad: «entre sus palacios Dios descuella como un alcázar» (v.4). La persecución es una constante en su caminar histórico, pues las fuerzas del mal siempre intentan prevalecer (v.5). Pero si la Iglesia permanece fiel y aferrada a su Señor, cada dificultad se convierte en una nueva experiencia de la presencia y el poder de Cristo: «lo que habíamos oído lo hemos visto» (v.9). Y esta experiencia la lleva a entender más la misericordia de Dios (v.10), a alabarle (v.11) y a gozarse en Él (v.12). Más aún, esta renovada experiencia es lo que está llamada a transmitir a las generaciones venideras («este es Dios, nuestro Dios») y lo que le hace mirar con esperanza el futuro: «Él nos guiará por siempre jamás» (vv.14-15).

Salmo 48 (49) . –Nadie puede dar a Dios un rescate

Con el problema de fondo de la prosperidad de los malvados, el salmista reflexiona sobre la suerte de pobres y ricos, opresores y oprimidos, a la luz de su desenlace final: la muerte. En efecto, ni las riquezas (v.7), ni la sabiduría (v.11), ni la fama (v.12) libran al hombre de ese destino inexorable (la muerte, la tumba, el Abismo) que comparte con los animales (vv.13.21). En cambio, el orante, desde su experiencia de Dios, tiene la certeza de que será sacado por Él del Abismo y lo llevará consigo (v. 16).

Jesús ha insistido en la inconsistencia de las riquezas. Intentar apoyar en ellas la propia vida es una necedad, pues la muerte desbarata todo (Lc 12,13-21). De nada serviría ganar el mundo entero si se malogra la propia vida (Mt 16,26).

«Nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate», afirma rotundamente el salmista. Ni la sabiduría, ni la fama, ni las riquezas... San Pablo irá más lejos: tampoco las buenas obras (Gal 2,16). Toda pretensión de autojustificación, todo empeño por salvarse uno a sí mismo, está condenado inevitablemente al fracaso.

El precio por el rescate de la propia vida es demasiado elevado para el hombre (v.9). Ha sido preciso que Dios mismo «pagara» ese rescate: Cristo en persona es nuestro rescate (1Cor 1,30). Él ha venido precisamente para dar su vida en rescate por la multitud (Mt 20,28). El pecado nos ha conducido a la esclavitud y al abismo inexorable de la muerte (Rom 6,23); 1Cor 15,56), del cual no podemos escapar por nosotros mismos. Hemos sido rescatados, no con oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo (1Pe 1,18-19). Gracias a Él estamos libres del abismo del pecado y de la muerte y podemos exclamar gozosamente, dando pleno sentido a las palabras del salmista: «a mí Dios me salva, me arranca de las garras del abismo» (v.16).

Salmo 49 (50) . –Yo te libraré y tú me darás gloria

Este salmo ha de ser visto en relación con el siguiente. Dios aparece como Juez (v.4) y parte de un proceso judicial en el que acusa a su pueblo (vv.7.21); en efecto, en virtud de la alianza Dios ha hecho un pacto con su pueblo, que este ha violado. Las acusaciones se basan en un culto inadecuado (vv.8-13) y en el incumplimiento del decálogo (vv. 16-21).

Es Dios mismo quien acusa. El verdadero examen de conciencia no es un auto-análisis, sino un dejarnos confrontar con Dios y con su Palabra y dejarnos acusar por Él. Es una de las acciones del Paráclito el «acusarnos» o «convencernos de pecado» (Jn 16,8). Sólo así puede darse un profundo y sincero arrepentimiento, pues el pecado no es faltar a unas normas, sino fallar a Cristo, con quien estamos comprometidos en alianza.

El culto en cuanto ofrenda de sacrificios Dios no lo necesita; más aún, lo que podamos darle es suyo (vv.10-13). «¿Qué tienes que no hayas recibido?» (1Cor 4,7). Más que darle, Dios quiere que aceptemos recibir: «Invócame el día del peligro, yo te libraré y tú me darás gloria» (v.15). Es así como dejamos a Dios ser Dios, pues al permitirle desplegar su poder salvador se manifiesta más nítidamente su grandeza y su misericordia y de ese modo puede ser reconocida su gloria. El contraste que vemos en estos versículos es el que explicita la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18,9-14): frente a la pretensión de autojustificación mediante nuestras obras, la actitud adecuada ante Dios es dejarse salvar por Él. Mientras el universo proclama espontáneamente la gloria de Dios (Sal 18,2; 96,6), el hombre lo hace normalmente como fruto de una experiencia de liberación.

La otra acusación que Dios dirige al pueblo es la incoherencia entre el culto externo y la vida moral (vv.16-21); se trata de injusticias contra el prójimo robo, adulterio, difamación... Los pecados reconocidos y de los que nos hemos arrepentido no son obstáculo en la relación con Dios (1Jn 1,9), mientras que los no confesados la bloquean totalmente (1Jn 4,20; Mt 5,23-24; Mc 11, 25).

Salmo 50 (51) . –Crea en mí un corazón puro

En relación con el salmo 50 –pleito en que Dios acusa y denuncia el pecado–, este recoge la reacción adecuada del que es justamente acusado: reconocerse culpable (vv.5-8). Dios tiene razón y es inocente (v.6) y por eso el hombre pecador sólo tiene la salida de implorar clemencia (vv.3-4,9-11). Ahora bien, este perdón convierte al culpable en una criatura nueva por el don del Espíritu (vv.12-14). El pecador, que sólo puede ofrecer a Dios su corazón contrito y humillado (vv.18-19), experimenta el gozo de la salvación (vv.10,14) y siente el deseo de alabar a Dios (vv.16-17), de contar a todos lo recibido (v.15) y de que el pueblo entero sea renovado (vv. 20-21).

Este es el salmo penitencial por excelencia, que alcanza la plenitud de significado en la revelación del NT. Particularmente Rom 1-3 declara la profundidad y universalidad del pecado, que llega a adueñarse del hombre (Rom 7,14-20). La enigmática expresión del salmo («en la culpa nací») se hace manifiesta en la realidad del pecado original (Rom 5,12ss). Puesto que «todos pecaron y están privados de la gloria de Dios» (Rom 3,23), sólo cabe reconocerse «reo ante Dios» (Rom 3,19). «Si decimos: “No tenemos pecado”, nos engañamos y la verdad no está en nosotros» (1Jn 1,8).

Pero Cristo revela también la grandeza y la profundidad del perdón de Dios, que no es algo meramente jurídico. Él ha tomado la iniciativa de salvarnos mediante la sangre de su Hijo (Rom 3, 24-26), que ha muerto por nosotros cuando éramos enemigos y nos ha reconciliado con el Padre (Rom 5,6-11). Los que estábamos muertos por el pecado hemos sido literalmente resucitados (Ef 2,1-8; Rom 6,4-11). Más aún, hemos sido transformados en criaturas nuevas por la acción del Espíritu (2Cor 5,17; Rom 8,1-4).

No tiene sentido la actitud farisaica de pretender ostentar ante Dios nuestros méritos, pues sólo el reconocimiento sincero de nuestro pecado nos abre el camino de la salvación (Lc 18,9-14). Los gestos de amor y de misericordia de Jesús (mujer adúltera, Leví, Zaqueo, malhechor crucificado...) no son algo anecdótico: ha realizado con creces las antiguas promesas de darnos un corazón nuevo y un Espíritu nuevo, su mismo Espíritu (Ez 36,25-27). Verdaderamente podemos exclamar con el

apóstol: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rom 5,20). Esta es la Buena Noticia que debe ser proclamada y anunciada a todo hombre.

Salmo 52 (53) . –Este salmo repite, con ligeras variantes, el salmo 14.

Salmo 62 (63) . –Sediento de Dios

Uno de los salmos que con mayor vigor expresan el deseo de Dios y la unión con Él. Las diferentes imágenes resaltan el anhelo incontenible (sed, tierra reseca) y la dicha de la intimidad (saciedad, júbilo, «la sombra de tus alas», «mi alma pegada a ti», «tu diestra que me sostiene», «ver» tu fuerza y tu gloria...). Se diría que todo el ser del hombre se siente irresistiblemente atraído hacia Dios como un poderoso imán. Por Él se madruga, a Él se contempla y se alaba, hacia Él tiende el recuerdo, por Él se siente protegido y sostenido, Él mismo producirá saciedad... Desde esta intimidad los enemigos resultan inconsistentes (vv.10-12).

Jesús gritó en la cruz: «Tengo sed» (Jn 19,28). El corazón humano del Salvador ha experimentado esta sed durante toda su vida terrena. La humanidad del Verbo ha vivido –de una manera inimaginable– vuelta hacia el Padre (Jn 1, 1.18). Nadie como Cristo ha experimentado esta atracción, irresistible y continua. Su alma, «pegada» al Padre (v.9), estaba al mismo tiempo «sedienta» (v.2): «Padre, glorifica a tu Hijo» (Jn 17,1). Su carne, inseparablemente unida al Verbo, tenía verdaderas «ansias» de ser plena y definitivamente «saciada». Ello ocurrió en la resurrección. Cada una de las expresiones del salmo encuentra en los labios y en el corazón de Jesús su plenitud.

El mismo Jesús se ha presentado como aquel que sacia la sed del hombre (Jn 4,10-14; 7,37-39). El realismo físico de las expresiones del salmo nos lleva a pensar en la Eucaristía; en ella Cristo sacia todas nuestras hambres (Jn 6,51. 68-69); ella es el manjar exquisito (v.6) que sostiene al hombre en su peregrinación terrena; a la sombra de sus alas nos pegamos (v.9) a Cristo frente a los enemigos que buscan nuestra perdición (v.10).

El deseo de Dios es el más intenso y profundo del hombre: «Señor, nos hiciste para Ti y nuestro corazón no halla reposo hasta que descansa en Ti» (san Agustín). Taponar este deseo es frustrar al hombre e impedirle ser feliz.

El deseo de Dios es deseo del cielo, porque sólo entonces «le veremos tal cual es» (1Jn 3,2), sin limitaciones ni condicionamientos; también con nuestra carne: «con mis propios ojos le veré» (Job 19, 25-27).

Salmo 66 (67) . –Que todos los pueblos te alaben

Partiendo de la acción de gracias por el don de la cosecha («la tierra ha dado su fruto»), signo de la bendición de Dios (v.7), el salmo contempla el gobierno universal y justo del Señor (v.5), y se abre a un universalismo insospechado: el deseo de que esa bendición llegue a todos, de modo que todos los pueblos conozcan los caminos de Dios y experimenten su salvación (v.3) y todos alaben al Señor (vv.4.6).

En Cristo culminan las bendiciones de Dios (Ef 1,3). Él es el «Bendito» que viene en nombre del Señor (Mc 11,9). En Él y desde Él sube también la perfecta alabanza, bendición y glorificación al Padre. En Cristo se cumple igualmente el fuerte universalismo del salmo («las naciones de la tierra», «el mundo», «todos los pueblos», «los confines del orbe»): en Él se realiza la bendición de todos los pueblos prometida a Abraham (Gen 12,3; Gal 3,8).

En el «Principio y fundamento» de sus Ejercicios Espirituales san Ignacio afirma que el hombre ha sido creado para «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» (EE, 23). Esto lo han entendido y vivido todos los santos. Quien de veras conoce a Dios y al hombre desde Dios experimenta en su corazón este ardor que con tanta intensidad expresan las palabras del salmo: «Oh Dios, que todos los pueblos te alaben».

En efecto, «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (1Tim 2, 3-4). Esta es la misión de la Iglesia, y en ella de cada bautizado: «conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación». El celo abrasador de los grandes santos no debe ser una excepción, sino más bien la norma: sólo un «nuevo ardor» de los creyentes hará posible una «nueva evangelización».

Salmo 72 (73) . –Para mí lo bueno es estar junto a Dios

Una vez más se plantea el problema de la suerte de los buenos y los malos. A estos parece irles todo bien y se yerguen en su orgullo (vv.4-12). Esto sirve de tentación al salmista (vv.2-3), más aún, le produce una auténtica crisis (vv. 13-16). Hasta que Dios mismo se digna iluminarle (v.17) y comprende el destino de los malvados (vv. 18-20.27) y su propia ceguera (vv.21-22). Y sobre todo experimenta la dicha de la intimidad con Dios, que está llamada a perdurar eternamente (vv.23-26.28).

También nosotros podemos dejarnos dominar por la tentación de los éxitos y felicidad mundanos. Sólo la experiencia viva y personal del Señor («para mí lo bueno es estar junto a Dios», «se consumen mi corazón y mi carne por Dios») nos da la verdadera sabiduría y nos libera de la tentación de los falsos ídolos y de la impaciencia de los resultados inmediatos al alcance de la mano. Una experiencia profunda y real ya en este mundo, porque hemos hallado el Tesoro (Mt 13,44) ante el cual todo lo demás palidece («contigo, ¿qué me importa la tierra?»).

Pero además el salmo abre la perspectiva de la eternidad. Los sufrimientos de este mundo no pesan lo que la gloria que un día se nos manifestará (Rom 8, 18). Por eso estamos prestos para partir y estar con Cristo, que es con mucho lo mejor (Fil 1,23). De ahí la exhortación del apóstol: «Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo, sentado a la derecha de Dios; aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra» (Col 3,1-2). Así, en Cristo se cumple con creces el «destino glorioso» que el salmista intuía: «Estaremos siempre con el Señor» (1Tes 4,17). Sólo desde esta clave de eternidad se valoran en su justa medida las cosas «de abajo», con todas sus ambigüedades y contradicciones.

Salmo 76 (77) . –¿Es que el Señor nos rechaza?

El salmista experimenta una fuerte desazón por la situación trágica del pueblo; es una verdadera «angustia» (v.3) que le quita el sueño (dos veces «de noche»: vv. 3.7) y pone a prueba su fe: ¿acaso

Dios ha abandonado a su pueblo? Ante esta situación, para alentar su fe y su esperanza, recuerda y medita las maravillas obradas por Dios en el pasado (vv.12-21). Sin embargo, esto no parece aportarle un consuelo total al orante, que se remite a la santidad y grandeza de Dios (v.14), siempre misteriosas: cuando actuaba en el pasado no quedaba rastro de sus huellas (v.20).

Como en otros salmos, se percibe la implicación personal del orante en la situación del pueblo: ¿me dejan indiferente los problemas de la Iglesia y del mundo?; ¿los pongo en la presencia de Dios mediante la súplica y la intercesión?

Como en otros casos similares, el salmista hace memoria de las maravillas obradas por Dios en la historia de Israel, en particular la liberación de la esclavitud de Egipto (vv.15ss). Nosotros, miembros de la nueva Alianza, somos invitados a «hacer memoria» de Jesucristo resucitado de entre los muertos (2Tim 2,8); en efecto, es en la resurrección de su Hijo donde Dios ha manifestado y desplegado máximamente «la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, conforme a la energía de su fuerza poderosa» (Ef 1, 19-21).

En todo caso, el salmo no da soluciones fáciles. Ante la trágica situación del pueblo y la aparente no intervención de Dios, el salmista entra «en la noche» y nos remite al misterio de Dios, absolutamente incontrolable para nosotros: «¿Qué inescrutables sus designios e inalcanzables sus caminos! Pues, ¿quién conoció la mente del Señor, o quién llegó a ser su consejero?» (Rom 11,33-34).

Salmo 78 (79) . –Han profanado tu santo templo

Súplica apremiante del pueblo, probablemente con ocasión de la destrucción de Jerusalén y del destierro del pueblo a Babilonia. Tras una vívida presentación de la situación trágica del pueblo (vv.1-4), viene la petición para que Dios intervenga (vv.5-12); en ella se reconocen los pecados del pueblo y se apela a la compasión del Señor (vv.8-9), y se pide que vele por su propio honor (vv.9-10), pues se trata de «su heredad», «su templo», «sus siervos», «sus fieles», «su pueblo», «su rebaño». Finalmente, se concluye con una promesa de acción de gracias (v.13).

Ante las calamidades que afligen a la Iglesia y a veces parecen devastarla y asolarla, el salmo nos invita a un examen de conciencia y a una seria actitud de contrición (v.8; cfr. Jer 14,20). Los pecados de los antepasados tienen consecuencias nefastas para la generación actual. En este sentido hay que entender las peticiones de perdón de los últimos Papas por los pecados de los miembros de la Iglesia en el pasado. No sólo en el plano personal, sino también en el comunitario es necesario el arrepentimiento, pues somos solidarios en el bien y en el mal. La «purificación de la memoria» ayuda a evitar cometer los mismos errores y abre camino a la renovación eclesial.

Antes los males de la Iglesia, el salmo nos lleva a confiar en que por encima de todo ella pertenece a Cristo, que la adquirió «con su propia sangre» (Hch 20,28); por eso, está en juego su gloria (v. 9; cfr. Jer 14,21; Ez 20,14.44): en cierto modo la suerte de la Iglesia y la de Cristo se identifican. A Él le importa en primera persona. Además, Él es el Buen Pastor (v.13) que no cesa de guiarla y la tiene bien aferrada en su mano (Ap 1,16). Contemplar los males de la Iglesia con desasosiego es falta de confianza en que está en juego la causa de Cristo.

La sangre de los mártires clama justicia (Ap 6,9-11), pero no en el sentido de venganza (vv. 6.10.12), sino en el de conversión de los perseguidores, como en el caso de Esteban (Hch 7,57-60).

Salmo 79 (80) . –Restáuranos

El salmo es una lamentación comunitaria ante una grave desgracia y, sobre todo, una súplica ardiente e insistente dirigida a Dios como Pastor y Viñador. Si Dios está presente (v.3), si es el Señor de los Ejércitos (v.5) que sacó a Israel de Egipto, lo introdujo en la Tierra y le dio prosperidad (vv.9-12), se comprende la interpelación apremiante: «¿por qué?» (v.13), «¿hasta cuándo?» (v.5). Dios debe actuar, porque el asunto le afecta en primera persona: es «*tu* viña... que *tu* diestra plantó... que *tú* has fortalecido...» (vv.15-18). El estribillo tres veces repetido (pero de manera progresivamente reforzada: vv.4.8.20) acentúa la urgencia: «*vuélvete ya*» (v.15).

Esta vid es la Iglesia, que sacada por Cristo de Egipto (de la esclavitud del pecado) ha echado raíces y llena todo, dando fruto abundante (vv.9-12). Pero el enemigo la «saquea» y «pisotea» (vv.13-14); este enemigo pueden ser los perseguidores, pero también los pecados de los propios miembros de la Iglesia. Antes esto, la reacción es acudir al Pastor que, presente en ella, la guía con poder (Mt 28,18-20). La Iglesia es suya, pues por ella ha derramado su sangre (Jn 10,11) y le pertenece, ya que por ella ha pagado ese precio (1Pe 1,18-19; 1Cor 6,19-20).

Cristo es la Vid y el Padre es el Viñador (Jn 15,1), el Buen Pastor (Jn 10, 11), el Hijo del Hombre que el Padre ha fortalecido (cfr. V.16), el Elegido, el Varón de tu diestra (v.18), Aquel que se ha sentado a la derecha del Padre (Hb 10,12) y a quien todo está sometido (Ef 1,19-22; 1Cor 15,25s).

Por eso, la súplica por la salvación se convierte en deseo de Cristo: «Ven» (vv. 3.15). La salvación consiste en que Dios en Cristo hace brillar su rostro (cfr. el triple estribillo y 2Cor 4,6; «muéstranos al Padre y nos basta»: Jn 14,8). De ahí que es un salmo típico de Adviento. Si nos dejamos arrastrar por la dinámica interna del salmo, toda nuestra persona se convierte en un clamor ardiente: «Ven, Señor Jesús» (Ap 22,20). Un clamor que abraza a la Iglesia entera y a la humanidad toda: «¡Restáuranos!».

Salmo 80 (81) . –Ojalá me escuchase mi pueblo

Con ocasión probablemente de una fiesta litúrgica, el salmo tiene dos partes: invitación a la alabanza (vv.2-6) y acusación e invitación a la conversión (vv.7-17). El pueblo ha transgredido el mandamiento fundamental («escucha, Israel»: Dt 6,4): «mi pueblo no escuchó mi voz... no quiso obedecer» (v.12); por tanto, Dios ejerce no como juez, sino como acusador (v.9), porque el pueblo ha fallado al compromiso fundamental de la alianza: «Haremos todo cuanto ha dicho el Señor y le obedeceremos» (Ex 19,5.8). Su desobediencia les lleva a quedar a merced de sus caprichos (v.13). Sin embargo, Dios no se resigna e invita a la conversión: «ojalá me escuchases, Israel» (vv.9.14).

En este salmo aparece al descubierto el corazón de Dios, revelado en el corazón humano de Cristo. Le duele la rebeldía y dureza de su pueblo (Mc 3,5), porque le ama y sabe que la desobediencia conduce al fracaso. A las palabras «ojalá me escuchase mi pueblo» hacen eco las de Jesús llorando por Jerusalén a causa de que sus palabras portadoras de vida y salvación no han sido aceptadas: «Jerusalén, Jerusalén...» (Mt 23, 37-39; Lc 13,34-35; 19,41-44).

Del escuchar la voz de Dios, de adherirse a Él y a sus mandamientos, depende el bien del pueblo y de cada uno: si se abre a Dios, le permite desplegar su acción salvífica (vv.15-17); si se cierra, acaba asfixiado en sus propios planes (v.13), es decir, en su pecado (Rom 1,24.26.28). Frente a la

tentación de actuar según nuestros planes, sin consultar a Dios (Is 30,1ss), la invitación del Señor es escuchar constantemente, «hoy», su voz, sin endurecer nuestro corazón (Sal 95,7-8). «Que ninguno de vosotros tenga un corazón malo e incrédulo» (Hb 3,12). De ello depende la suerte de cada individuo y de la Iglesia entera. Muchas cosas no dan fruto porque no estamos atentos a la voz del Espíritu ni acogemos sus impulsos. «Ojalá me escuchase mi pueblo y caminase Israel por mi camino»: este es el anhelo de Dios para cada uno de nosotros; de hacerle caso y cumplir su voluntad depende nuestra felicidad y nuestra fecundidad.

Salmo 86 (87) . –Madre de todos los pueblos

Es un canto a Jerusalén como ciudad santa, morada de Dios (vv.2-3) y madre de todos los pueblos (vv.4-7); incluso los enemigos históricos de Israel (Egipto, Babilonia, filisteos) se convierten y entran a formar parte del pueblo santo mediante una especie de nuevo nacimiento (vv.5-6).

Es claro que esta universalidad nunca se ha realizado en la Jerusalén terrena. Anunciada también por los profetas (Is 2,2-3; 60,3ss; Zac 2,15), esta maternidad universal se realiza en la Iglesia. Ella es la nueva y verdadera Sión. Este salmo, visto a la luz de la revelación del N.T., es un precioso canto a la Iglesia, que engendra como hijos a los pueblos paganos e incluso a los mismos enemigos; es una impresionante visión de la fecundidad maternal de la Iglesia.

En efecto, la Iglesia es nuestra madre (cfr. Gal 4,26). En ella confluyen los hijos innumerables «de toda nación, raza, pueblo y lengua» (Ap 7,9). Lo que ha comenzado a realizarse en la Jerusalén física el día de Pentecostés (Hch 2,5-11.44-47; 4,32-35), se extiende después en el tiempo y en el espacio en la Iglesia de Cristo. En ella caen todas las barreras y todos somos hermanados (Col 3,11; Gal 3,27-28; 1Cor 12,13); ya hay extranjeros ni forasteros e incluso los enemigos se convierten en hermanos (Ef 2,11-22).

Al tiempo que nos gozamos en esta belleza (cfr. Ap 21,1-27), el salmo hace que nos cuestionemos si vivimos en nuestro corazón esta universalidad, si sentimos a todos como hermanos y si añoramos a los pueblos que aún no han entrado de hecho en la Iglesia.

Salmo 87 (88) . –En las tinieblas y el abismo

Oración de lamentación y súplica en una enfermedad mortal. Es el salmo más duro de todo el salterio. No deja resquicio a la esperanza. El tono es completamente sombrío (abismo, fosa, tinieblas, sepulcro, olvido, muerte...). Lo más doloroso es el hecho de estar abocado a la muerte, después de la cual ya no hay nada, y de experimentar incluso el rechazo de Dios (v.15). El salmo concluye en la más completa oscuridad: «mi compañía son las tinieblas».

El salmo refleja la situación de mucha gente «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,12). Y Cristo ha asumido estas situaciones, llegando a pasar por la amargura, la angustia, la tristeza, la sensación de abandono del Padre... (Mc 14,33-34; Lc 22,44; Hb 5,7-8). De este modo las ha transformado y redimido desde dentro. Y al destruir la muerte con su victoria (1Cor 15,54-57) ha eliminado definitivamente «el velo que cubría a todos los pueblos» y «ha enjugado las lágrimas de todos los rostros» (cfr. Is 25,7-8), pues la muerte no tiene ya la última palabra.

El cristiano puede rezar este salmo haciendo suyas en su corazón las situaciones que de hecho viven multitud de personas: desde el que no espera nada después de la muerte hasta el que vive ya ahora en la fosa, en el abismo, en el sinsentido, en la desesperación, en la angustia... De ese modo podemos «co-redimir» y alcanzar gracia que los sostenga y les haga ver la luz. A algunos santos les ha sido dado participar de manera particularmente intensa en esta «co-redención».

Rezado en las Completas del viernes, este salmo evoca el misterio del descenso a los infiernos.

Salmo 94 (95) . –Postrémonos por tierra

El salmo tiene dos partes. La primera (vv.1-7) es una invitación a la alabanza («aclamemos») y a la adoración («postrémonos»); los motivos son la grandeza y majestad de Dios (v.3), su señorío sobre la creación (vv.4-5) y la elección y pastoreo de su pueblo (v.7). La segunda es una invitación a escuchar y obedecer a Dios y una advertencia-amonestación si eso no se da (vv.8-11); no se vive de rentas: es preciso escuchar *hoy* –cada día– la voz de Dios sin endurecer el corazón, pues de lo contrario se perdería lo recibido (del mismo modo que los antepasados no pudieron entrar en la Tierra por su indocilidad: cfr. Ex 17,1-7; Num 20,1ss; Dt 6,16).

La relación entre las dos partes se basa en el hecho de la alianza (v.7). Esta es una relación viva con Dios: si Él es el Pastor que guía a su pueblo, este debe estar constantemente atento a su voz para dejarse guiar. Es una invitación a vivir como aliado, a mantener viva la alianza día tras día, evitando la esclerotización y la desobediencia (endurecer el corazón: v.8), así como el disputar con Dios y ponerle a prueba dudando de Él (v.9; cfr. Ex 17,7).

Hb 3,7-4,11 es un comentario a la segunda parte del salmo. Con la resurrección de Cristo se ha inaugurado el verdadero descanso y el reposo definitivo en Dios: por eso la llamada a la fidelidad a la voz de Dios se hace ahora más apremiante y trascendental; este «hoy» reclama una obediencia más absoluta y continua.

En la liturgia de la Iglesia este es el salmo invitatorio por excelencia. Nos impulsa a comenzar cada jornada en la adoración («postrémonos por tierra») de un Dios que no sólo nos creó, sino que nos sigue creando continuamente («Creador nuestro») y nos regala un nuevo día en el que no deja de conducirnos como Buen Pastor. Al mismo tiempo nos llama a iniciar este nuevo «hoy» en la escucha continua de su voz, sin endurecernos, sin dudar de Él, sino obedeciendo sus inspiraciones. Y nos amonesta del riesgo de que nuestro corazón se extravíe de sus caminos y no podamos alcanzar el verdadero y eterno descanso en Él.

Salmo 101 (102) . –¡Ten misericordia de Sión!

El salmista arranca con una súplica por su situación personal (enfermedad, abandono, acoso, injurias: vv.2-12) para continuar abriéndose a una petición ardiente por la restauración de la ciudad santa y del pueblo (probablemente en el destierro: vv.13-23) y concluir aferrándose a la confianza, sostenida por la permanencia de Dios, que no cambia (vv.24-29).

El salmo es muy aleccionador, pues enseña a pasar del sufrimiento individual –en el que con frecuencia nos sentimos atrapados– al interés por la Iglesia entera: la caridad ensancha el corazón

del orante, que experimenta el dolor por las ruinas que le rodean. A esa caridad se añade una intensa esperanza, que le lleva a anunciar la asombrosa restauración de Sión –la Iglesia–, en la cual se manifestará maravillosamente la gloria de Dios, hasta el punto de que en ella se reunirán «unánimes los pueblos y los reyes para dar culto al Señor» (v.23). Dios escuchará «las súplicas de los indefensos» (v.18) y creará un pueblo nuevo que le alabará (v.19). Las angustias del salmista por su situación personal quedan diluidas ante la certeza de un Dios que no cambia, que permanece siempre, y por tanto garantiza el futuro (vv.25-29).

Hb 1,10-12 cita los vv.26-28 para exaltar la dignidad del Hijo de Dios. La dinámica individuo-comunidad del salmo encuentra en Él su plenitud: la brevedad de una vida arrancada por la violencia injusta de sus enemigos (vv.9-12); su permanencia eterna como resucitado (v. 13; cfr. Hb 7,24-25.27); su amor misericordioso a la Iglesia que le lleva a restaurarla en la hora de la misericordia (v. 14), es decir, en la cruz; la gloria que manifiesta en su Iglesia al reconstruirla (v.17) y que se muestra incluso a los gentiles (v.16) y a las generaciones futuras (v.19), a todos los pueblos (vv.22-23), porque Cristo muerto y resucitado ha librado a los condenados a muerte (v.21) y ha creado un pueblo nuevo (v.19).

Este es uno de los siete salmos penitenciales: personal y comunitariamente hemos de estar en conversión continua; compuesta por pecadores y avanzando en medio de las oscuridades de este mundo, la Iglesia se encuentra siempre necesitada de reforma en las personas e instituciones (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium* 8); constantemente es reconstruida por el poder de Cristo, que crea un pueblo renovado donde sólo había ruinas.

Salmo 106 (107) . –Gritaron y los salvó

Se trata de una gran liturgia comunitaria de acción de gracias. La repetición de dos estribillos («gritaron al Señor en su angustia y los arrancó de la tribulación»: vv.6.13.19.28; «den gracias al Señor por su misericordia, por las maravillas que hace con los hombres»: vv. 8.15.21.31) da la clave del salmo: cuatro situaciones de dificultad extrema en las que Dios ha intervenido salvando (vv.4-9; 10-16; 17-22; 23-32); probablemente alude a casos bien determinados, pero presentados con rasgos tan genéricos que hace susceptible su aplicación a diferentes circunstancias. La última parte (vv.33-41) celebra el poder de Dios que castiga y salva, cambiando la suerte de los hombres para favorecer a los pobres y transformando incluso los elementos de la naturaleza. Concluye con una invitación a meditar estos hechos para mejor comprender la misericordia del Señor.

La dinámica interna en el salmo responde a una lógica presente a lo largo de toda la historia de la salvación: situación penosa (peligro o sufrimiento), clamor y súplica a Dios, intervención divina que libera, consiguiente acción de gracias al Dios que es misericordioso y hace maravillas con los hombres. Este dinamismo engloba los dos modos fundamentales de la relación del hombre con Dios: la petición que brota de su indignancia y la gratitud que deriva de los favores recibidos. ¿No es acaso esa también la realidad experimentada por cada uno de nosotros en su pequeña historia de salvación? ¿No lo descubrimos en la experiencia de nuestros hermanos?

El v.20 afirma: «envió su palabra para curarlos, para salvarlos de la perdición». Muchos textos de la Escritura nos hablan de la eficacia de la Palabra de Dios (Is 55,10-11) y de su poder sanador (Sab 16,12). En efecto, por medio de su palabra Dios sana y consuela, libera y da esperanza, alegría y vivifica... Pero la Palabra es el mismo Jesucristo, que, hecha carne en la plenitud de los tiempos (Jn 1,14), ha sido enviada por el Padre para salvarnos de la perdición, más aún, para «buscar y salvar lo que [ya] estaba perdido» (Lc 19,10). En Él se realiza la liberación de toda negatividad humana que

el salmo contempla («angustia», «oscuridad y tinieblas», «cadenas», agotarse la vida, tocar las puertas de la muerte, incapacidad de la propia pericia...)

Salmo 112 (113) . –Se abaja para levantarnos

Es un canto de alabanza (vv.1-3) al Dios lleno de grandeza y majestad (vv.4-5) que, al mismo tiempo es capaz de «abajarse» (v.6) hacia los pobres y desvalidos y levantarlos hasta una altura insospechada (vv.7-9).

Este salmo se cumple en el misterio pascual de Cristo, tal como se refleja de manera particular en el himno de Filipenses 2,6-11: él era de condición divina no se aferró a ella, sino que se humilló hasta tomar la condición de esclavo y morir con el modo de muerte más ignominioso; por eso – precisamente por eso– se le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre» (tres veces aparece en los primeros versículos del salmo la expresión «el nombre del Señor»): Cristo glorificado y exaltado a la derecha del Padre recibe la adoración de toda la humanidad. Verdaderamente Él es el «pobre y desvalido» que ha sido «levantado», no sólo para ser sentado «con los príncipes», sino para ser constituido Señor absoluto del universo (Mt 28,18). A la máxima humillación ha seguido la máxima glorificación.

Pero al «abajarse» Dios en Cristo también nosotros hemos sido levantados con Él: «siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2Cor 8,9). Se abaja para elevarnos. Nos «alza de la basura» del pecado y nos convierte en «príncipes de su pueblo», más aún, hace de nosotros un pueblo de reyes y sacerdotes (Ap 1,6; 1Pe 2,9). Así, este salmo –con él se cierra el Hallel, que los judíos recitaban en las grandes fiestas, especialmente en la cena pascual– no sólo canta la Pascua de Cristo, sino también la nuestra.

Y se realiza de modo particular en María. En efecto, la pobre sierva que ha sido enaltecida por su Dios y Señor es María, como ella misma proclama en el Magnificat (Lc 1,47-55). Ella es la «estéril»/virgen que ha sido constituida «como madre feliz de hijos» en la «casa» que es la Iglesia.

Salmo 116 (117) . –Alabad al Señor todos los pueblos

Es el salmo más breve del salterio y a la vez uno de los más universalistas («todas las naciones», «todos los pueblos»). Como apoyo para invitar a la alabanza aparecen los dos grandes atributos divinos, propios del Dios de la Alianza (misericordia y fidelidad), de los cuales se destaca su carácter eterno («por siempre») e inamovible («firme», «fuerte»).

El v.1 es citado en Rom 15,11. Este anhelo ardiente de universalismo se realizará en Cristo y en la Iglesia: Mt 28,18-20; Mc 16,15; Hch 9,15; 22,15; 26,17-18; 2,5-12.17; 13,46-49... En los albores de la Iglesia Pablo fue el gran abanderado en este empeño por llevar el Evangelio hasta los confines de la tierra (cfr. Hch 1,8), poniendo particular ahínco en anunciar el nombre de Cristo donde aún no era conocido (Rom 15,20-21). Y a lo largo de su historia este anhelo ha ardido en el corazón de miles de misioneros y santos.

Sin embargo, después de 2000 años, «la misión de Cristo redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse» (Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris missio* 1); más aún, «el número de los

que no conocen a Cristo ni forman parte de la Iglesia aumenta constantemente» (RMi 3). En la Iglesia primitiva costó abrirse a la universalidad (cfr. Hch 10-11). ¿Y nosotros? Esta universalidad forma parte esencial de nuestra vocación cristiana. «No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios. Para el creyente, en singular, lo mismo que para toda la Iglesia, la causa misionera debe ser la primera, porque concierne al destino eterno de los hombres y responde al designio misterioso y misericordioso de Dios» (RMi 86).

El salmo forma parte del Hallel pascual. Hemos pasado de las tinieblas a la luz y lo proclamamos gozosos (cfr. 1Pe 2,9-10). La evangelización conduce a la glorificación de Dios («alabad al Señor», «aclamadlo»).

Salmo 117 (118) . –El día que hizo el Señor

Cierra el Hallel pascual y es una solemne liturgia de acción de gracias en que el rey –como representante del pueblo– agradece una importante victoria ganada en nombre del Señor. Todo el pueblo aclama y participa en una procesión festiva, llena de gozo y de confianza.

La Tradición cristiana ha leído en este salmo la resurrección de Cristo: es el salmo pascual por excelencia. Acosado y rechazado por los hombres, Jesús ha confiado en el Padre (vv.5-12), que le ha escuchado y sostenido (vv.13-14). No habiendo sido entregado definitivamente a la muerte (v.18), entra en la gloria del Padre (v.19); de este modo, Él mismo es constituido Puerta (Jn 10,7.9), por la que entran los que participan de su victoria (v.20). Glorificado, agradece al Padre (v.21) y cuenta sus hazañas (v.17). Rechazado por los jefes del pueblo, Dios mismo le ha constituido piedra angular (v.22, citado en Mc 12,10-11 y par.; Hch 4,11; 1Pe 2,7).

La resurrección de Cristo es el gran milagro (v.23), que inaugura el nuevo Día de la redención instaurado por Dios y del que deriva para nosotros la alegría y el gozo (v.24). Toda esta obra es motivo de gratitud (vv.1-4,28-29) y de confianza (v.25) al recibir al Bendito que viene en nombre del Señor (v.26, citado en Mt 21,9 y par.).

La resurrección de Cristo es también nuestra victoria (cfr. Prefacio de la Ascensión). Con las palabras de este salmo celebramos la victoria de Cristo en sí misma y en nosotros, ya que Él ha vencido en nosotros el poder del pecado y de la muerte. En Él somos «super-vencedores» (Rom 8,37). Cada cristiano está llamado no sólo a recibir la salvación, sino a experimentar en primera persona que Cristo mismo «es mi fuerza y mi energía, es mi salvación» (v. 14). La resurrección de Cristo es el «milagro patente» (v.23) que despliega su poder salvador a través del tiempo y del espacio para todos los que quieren dejarse alcanzar por ella (Fil 3,10-12). Por ello inunda nuestras almas de gozo y gratitud.

Cada domingo es la pascua semanal, «el día que hizo el Señor» (v.24). Viviéndolo intensamente, nos transforma desde dentro, haciéndonos vivir en la luz, en espera del Día del triunfo definitivo y eterno (1Tes 5,4-6).

Salmo 118 (119) . –Tus preceptos son mi delicia

Un impresionante canto a la Ley como expresión de la voluntad amorosa de Dios y como compromiso decidido del hombre con el Dios de la Alianza. Consta de 22 estrofas, tantas como las letras del alfabeto hebreo; cada una de ellas consta de 8 versos (7+1: indica la perfección consumada), cada uno de los cuales comienza con la misma letra. La palabra Ley aparece en cada verso en alguno de sus 8 sinónimos. Todo el vocabulario humano medita el precioso don de la Ley, lo valora y lo agradece, y pide a Dios la gracia para cumplirla, a lo cual se compromete reiteradamente.

No se trata de legalismo externo (15 veces aparece la palabra corazón). Todo el salmo –que a veces puede parecer monótono– es un acto de amor, porque «en esto consiste el amor a Dios: en que guardemos sus mandamientos» (1Jn 5, 3). De este modo, la vida entera queda iluminada y guiada por la voluntad de Dios, que hace al hombre «dichoso» (palabra con la que inicia el salmo).

Cristo no ha venido a abolir la Ley, sino a darle plenitud (Mt 5,17). Esta plenitud es el don del Espíritu Santo, que desde dentro nos transforma y nos capacita para cumplir la voluntad de Dios (Jer 31,31-34; Ez 36,25-27; Rom 8,2-4; 2Cor 3,6). Por eso puede afirmar rotundamente el Catecismo de la Iglesia Católica: «La Ley nueva es la gracia del Espíritu Santo dada a los fieles mediante la fe en Cristo» (nº 1966).

Un buen resumen de las actitudes que suscita este salmo lo encontramos en la oración de oblación y rendimiento de san Ignacio: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro. Disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esta me basta». Entrega total, interior y exterior. No sólo hacer, sino amar la voluntad de Dios.

O también la del beato Carlos de Foucauld: «Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras; sea lo que sea, te doy las gracias. Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre. Te confío mi alma, te la doy con todo el amor de que soy capaz». Entrega gozosa y libre. Aceptación obediente de la voluntad de Dios expresada en su Palabra, en las normas de la Iglesia, en los acontecimientos, en las inspiraciones interiores... Querer todo y solo lo que Dios quiere.

La Liturgia de las Horas presenta un fragmento de este largo salmo cada día en la hora intermedia: en mitad de la jornada y de las tareas nos afianza en el camino de la voluntad de Dios o nos hace rectificar si de ella nos habíamos apartado.

Salmo 121 (122) . –¡Vamos a la casa del Señor!

Es uno de los cantos de peregrinación. En él se aúnan el gozo por la cercanía de la ciudad santa (vv.1-2), la contemplación admirativa de Jerusalén hacia la que confluyen las tribus «a celebrar el nombre del Señor» (vv.3-5) y el deseo de la plenitud de las bendiciones («todo bien» y «la paz», que es la síntesis de lo mejor: vv.6-9).

El gozo de caminar hacia Jerusalén y de acercarse a ella desemboca en la contemplación –teñida de alegría– de la ciudad santa, de su estabilidad y armonía, de su belleza y santidad, de su unidad; de esta contemplación brota el deseo de una plenitud aún mayor («todo bien»). Confluyen así, admirablemente, posesión actual y tensión escatológica.

Jerusalén es la Iglesia, hacia la cual todos confluyen para «celebrar el Nombre del Señor», especialmente el domingo. En ella los cristianos encuentran la paz, la seguridad, la fraternidad. En la celebración eucarística del día del Señor los creyentes exultan de gozo, pues en ella encuentran

«los tribunales de justicia», es decir, la redención y santificación; más aún, en ella encuentran y reciben a Cristo mismo, que contiene en sí «todo bien».

Pero a la vez el salmo es esencialmente escatológico. Muchos santos han muerto con estas palabras en sus labios: «¡Qué alegría cuando me dijeron: Vamos a la Casa del Señor!». Lo recibido en este mundo es todavía insatisfactorio y nos abre al deseo de la plenitud total, perfecta y definitiva, cuando «Dios lo será todo en todos» (1Cor 15,28). Sólo entonces serán plenos el gozo, la paz, la seguridad, la fraternidad... sin mezcla de mal alguno, y disfrutaremos de «todo bien».

Salmo 122 (123) . –A Ti levanto mis ojos

Oración breve, pero de una intensidad extraordinaria. Toda ella está teñida de expectación por lo que Dios hará en respuesta a la confianza absoluta que el pueblo deposita en Él. La súplica sólo se apoya en la misericordia, es decir, en la bondad generosa de Dios, de la que los orantes lo esperan todo. La actitud es la del mendigo consciente de no merecer aquello que implora (cfr. Hch 3,3-5).

En la gran oración sacerdotal, Jesús levanta los ojos al cielo (Jn 17,1), lo mismo que antes de la resurrección de Lázaro (Jn 11,41) o de la multiplicación de los panes (Mt 14,19). Es signo de su total confianza en el Padre. El salmo combina el singular (v.1) con el plural (resto del salmo): podemos contemplar así al Sumo Sacerdote intercediendo por y con la Iglesia; los desprecios y sarcasmos que esta sufre, el Hijo de Dios los ha hecho suyos por la encarnación.

Frente a los peligros internos y externos, la Iglesia –y en ella cada uno de nosotros– somos invitados a clavar los ojos en el Señor, esperándolo todo de Él. A diferencia de los discípulos que pusieron sus ojos en lo terrible de la tempestad (y por eso fueron recriminados por Jesús, pues indicaba falta de fe: Mc 4,35-40), las palabras del salmo nos arrastran a levantar la mirada a Cristo y permanecer con los ojos fijos en Él (Hb 12,2), aunque a nuestro alrededor ruja la tormenta. Sólo así puede avanzar la Iglesia peregrina –este es un salmo de peregrinación– en medio de las dificultades del mundo. Los ojos levantados hacia el cielo son signo de la persona entera que se abre a Dios mediante la esperanza.

El apoyo de esta súplica es la misericordia. Aun cuando no nos atrevamos a levantar los ojos al cielo por la conciencia de nuestra indignidad, como el publicano, nuestra oración será siempre: «Ten compasión de mí» (Lc 18,13; Mt 15,22), «ten compasión de nosotros» (Mt 20,30). El corazón de Dios no se resiste ante esta súplica humilde y confiada.

El final del v.2, que también se puede traducir «hasta que se apiade de nosotros», subraya igualmente la insistencia y perseverancia –que brotan de la misma confianza– en la súplica (cfr. Mt 15,22-28; Lc 11,5-8; 18,1-8).

Salmo 124 (125) . –Firmes como el monte Sión

Quizá la vista de la ciudad santa ha podido inspirar este salmo de confianza. Esta se expresa en dos imágenes sumamente sugerentes: la firmeza y estabilidad del monte Sión –lugar de la morada de Dios– y las montañas que rodean a Jerusalén –símbolo de la protección del mismo Dios–. Desde

esta serena confianza se pide que los malvados no dominen sobre los justos, para que estos no se vean tentados al mal, y que Dios ejerza su justicia remuneradora.

El salmo expresa de manera vigorosa un aspecto esencial de la confianza: la firmeza de quien apoya su vida totalmente en Dios y la seguridad de quien se sabe protegido por Él. Más allá del sentimiento –que puede darse o no–, la confianza proporciona el ánimo estable y la paz por el hecho de estar asentados en el único que es la Roca incommovible (Is 26,3-4). Siendo inmutable, proporciona al creyente apoyo permanente y seguridad perpetua («para siempre»: v.1; «ahora y por siempre»: v.2).

Como salmo de peregrinación, nos invita a mirar a nuestro destino: la contemplación de la Jerusalén del cielo proporciona al creyente firmeza y estabilidad mientras todavía peregrina en medio de las dificultades y tentaciones de este mundo (v.3). La carta a los Hebreos presenta la esperanza como «ancla segura y sólida» que ha penetrado en el santuario del cielo (Hb 6,18-20): como el ancla mantiene estable el barco en medio del oleaje del mar, así la esperanza da solidez al que vive «anclado» en el cielo, es decir, en Dios mismo.

Salmo 125 (126) . –El Señor ha estado grande

Este salmo evoca con fuerza la experiencia sorprendente («nos parecía soñar») vivida por el pueblo con la vuelta del destierro de Babilonia. Esa acción colmó al pueblo de gozo e hizo patente el poder del Señor incluso ante los gentiles. Y esa acción motiva la confianza en una nueva acción salvadora de Dios en el presente («haz volver a los cautivos»), completando así su obra.

Sión es la Iglesia, que a lo largo de su historia ha experimentado múltiples acciones de Dios en su favor: Sin embargo, está siempre necesitada de reforma y renovación. El gozo por lo recibido nos abre a la esperanza de lo por venir, pues esta renovación puede acontecer en cualquier instante, incluso de forma sorprendente y repentina (como lo torrentes del Negueb, que se llenan de agua en breve tiempo cuando cae la lluvia). Esta renovación es fuente de gozo para los creyentes («estamos alegres») y signo para los de fuera («el Señor ha estado grande con ellos»).

Jesús se ha presentado como el Sembrador (Mc 4,3s). Ha hablado de que uno siembra y otro siega (Jn 4,35-38). Más aún, el «sembrar con lágrimas» evoca el grano de trigo que cae en tierra y así da fruto abundante (Jn 12,24-25): Jesús es también la semilla; mediante su misterio pascual, la alegría sucede al dolor en virtud de la fecundidad de este (Jn 16,20-22).

Una cosa es clara: se nos invita a sembrar. Mientras estamos en este mundo la siembra se realiza normalmente «con lágrimas», es decir, con sufrimientos, contrariedades, persecuciones... Emblemático es el caso de Pablo (cfr. 2Cor 11,23-33). Pero el momento y el modo en que ha de germinar esa siembra no nos es dado conocerlo (cfr. Hch 1,7). Nos toca –como a Jesús– caer en tierra y morir. En todo caso, es el Señor quien «cambia» la suerte de Sión (v.1 y 4), quien renueva la Iglesia, y así muestra «hacer cosas grandes» (v.2 y 3). La esperanza es cierta y la alegría de la cosecha llegará, pero sólo Dios sabe cuándo y cómo.

Salmo 129 (130) . –Desde lo hondo

Uno de los salmos penitenciales, que expresa con vigor insuperable la realidad del abismo en que nos ha sumergido el pecado y la consiguiente impotencia para salir de él. Desde ese abismo («desde lo hondo») se eleva la súplica en forma de clamor y «grito» (v.1) hacia el único que de él puede sacar: el Señor, mencionado 7 veces en el salmo. Si la realidad del pecado aplasta (v.3), la mirada a Aquel de quien proviene la abundante redención (v.7), la misericordia y el perdón (v.4), hace que emerja la confianza. Una confianza que se transforma en deseo apremiante de la salvación («como el centinela la aurora»: vv.6-7) y que se abre a la esperanza de redención para todo el pueblo (v.8).

San Pablo describe la situación verdaderamente dramática del hombre bajo el dominio del pecado (Rom 7,14-23), que le lleva a exclamar: «¡Desgraciado de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?» (Rom 7,24). La segunda parte de este versículo apunta la respuesta: Dios, por medio de Jesucristo. En Él está la abundancia de redención que proclamaba el salmo (v.7), el rescate del que se encuentra en el abismo; de ahí, la gratitud (Rom 7,24). Gracias a Cristo podemos acercarnos confiadamente al trono de gracia para alcanzar misericordia (Hb 4,16).

En cuanto salmo de peregrinación, nos recuerda que en su camino por este mundo, por los senderos de la historia, tanto el cristiano individualmente como la comunidad cristiana y la Iglesia en su conjunto están necesitados de purificación y no deben dejar de elevar su clamor continuo al Señor de la misericordia. Un clamor en el que abraza de manera particular a los que están más sumergidos en los abismos e infiernos de este mundo...

Además, la Iglesia emplea este salmo en la liturgia de difuntos. Es una invitación a orar por nuestros hermanos del purgatorio, que, habiendo salido ya de este mundo, no pueden hacer nada por sí mismos y necesitan la oración de la Iglesia para que se les aplique la redención de Cristo y puedan salir de su abismo.

Salmo 130 (131) . –Como niño en brazos de su madre

Uno de los salmos más cortos y, a la vez, más intensos y expresivos de todo el salterio. Todo en él rezuma paz y confianza. La imagen del niño que descansa plácidamente en el regazo de su madre transmite serenidad y seguridad. Se trata de un niño «destetado» o «saciado», que no se preocupa ni desasosiega por nada. El orante reconoce gozosamente sus límites y se apoya en Dios descansando en Él. Así puede peregrinar con confianza hasta su meta (es salmo de peregrinación).

Jesús ha dicho de sí mismo que es «manso y humilde de corazón» (Mt 11,29). Él es «este niño» (Mt 18,4), quien como nadie ha vivido el espíritu filial y la confianza absoluta en el Padre, abandonándose totalmente en sus manos incluso en el momento más difícil de la muerte en cruz (Lc 23,46).

Y lo que ha vivido lo ha enseñado como camino regio e indispensable: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5,3); «si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18,3p). La actitud radical y fundamental ante Dios es la confianza (Mt 6,25-34). Si ya el A.T. enseñaba: «no busques lo que te sobrepasa, ni lo que excede tus fuerzas trates de escrutar...» (Sir 3,17-24), Jesús añade que se revela a los humildes lo que se oculta a los soberbios (Lc 10,21). Por lo demás, esta confianza en Dios se puede prolongar en confianza en la Virgen y en la Iglesia, madres ambas.

En la historia de la espiritualidad cristiana muchos santos han resaltado esta confianza absoluta que llega hasta el abandono total en Dios; pensemos en san Claudio la Colombiere, Sta. Teresa del Niño Jesús o el beato Carlos de Foucauld... La humilde confianza pone al hombre en el lugar correcto

ante Dios, permitiéndole ejercer su infinita paternidad. «El abandono es no preocuparse ya por uno mismo, sino mantenerse siempre orientado hacia Dios... dejar de buscarse a sí mismo en todas las cosas espirituales o físicas, dejar de buscar la propia satisfacción... ese espíritu de imparcialidad que no prefiere nada: ni personas, ni tiempos, ni lugares, sino que se adhiere a todo, lo acepta todo, se somete a todo... Es un medio tan sencillo para santificarse... ¡cuánta dulzura y paz se experimenta! ¡Cómo se comunica Él!... aquí se encuentra la verdadera felicidad... El alma que se abandona ha encontrado el paraíso en la tierra» (Sta. Teresa Couderc).

Salmo 131 (132) . –Una morada para el Señor

En referencia a la profecía de Natán (2Sam 7), el salmo celebra la doble elección de la dinastía de David y del templo de Jerusalén. Tanto el rey («mi ungido»: v.17) como el templo («morada» y «estrado de sus pies»: v.7; «mansión» elegida por el Señor: vv.13-14) son los principales signos e instrumentos de la presencia y protección de Dios para con su pueblo. El salmo se puede dividir en dos partes: súplica (vv.1-10) y promesa divina (vv.11-18).

Cristo es el verdadero Ungido (vv.10 y 17), el Mesías en quien se cumple la promesa del salmo. Ungido por el Espíritu Santo (Lc 4,18s), pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo (Hch 10,38). Es al mismo tiempo hijo y Señor de David (Mc 12, 35-37).

La humanidad de Cristo es también la verdadera «mansión» que Dios elige para siempre (vv.13-14), en la que habita la gloria de Dios (Jn 1,14). En ella Dios nos bendice (v.15). Esta morada es al mismo tiempo la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en la que los pobres son «saciados» del «pan» eucarístico (v.15); en ella se hace presente el Señor con todo su poder (v.8) para ser adorado (v.7); en ella los sacerdotes son revestidos de santidad (vv.9 y 16) y todo el pueblo sacerdotal aclama (v.16).

Más aún, no sólo la comunidad (1Cor 3,16), sino cada creyente en particular es santuario en el que Dios debe ser glorificado (1Cor 6,19-20). En este sentido, se pueden leer los vv. 3-5 como elocuente y ardiente expresión del celo apostólico: el verdadero apóstol no descansa «hasta que encuentre un lugar para el Señor», no sosiega hasta hacer de cada persona un templo para Dios. Desde la certeza de que Dios «ha elegido» a cada hombre y «ha deseado vivir» en él, el auténtico celo urge e impulsa (2Cor 5, 14), incluso hasta «quitar el sueño», para que cada corazón sea de hecho «una morada» para el Creador, un lugar transformado en «alabanza de su gloria» (Ef 1,12) para siempre.

Paradójicamente, la promesa es incondicional (vv.13-14) y condicionada (v.12). El mismo Jesús que dice: «Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo» (Mt 28,20), afirma también: «Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 5,20).

Salmo 132 (133) . –¡Qué dulzura los hermanos unidos!

Con dos imágenes sugerentes (el aroma del ungüento que desde la cabeza impregna todo el cuerpo, y el rocío que desde las cumbres refresca y fecunda la tierra), el salmo canta y celebra la belleza de la fraternidad. Es significativo que las dos imágenes indican un movimiento descendente: la unión entre los hermanos es un don de Dios, fruto de su bendición.

Lo que el salmo canta lo realiza de una manera sublime la efusión del Espíritu en Pentecostés (el unguento que desde la cabeza –Cristo– impregna todo el cuerpo –la Iglesia–). Gracias al don del Espíritu (Hch 2), los cristianos son verdaderamente hermanos, tienen un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32) y poseen todo en común (Hch 2,44-45; 4,34-36). Es algo reiterado en el N.T.: somos un solo cuerpo (1Cor 12,12ss; Rom 12,4ss), somos uno en Cristo (Gal 3,28). Ciertamente que esta unidad puede ser perdida y rota, y por eso se convierte en objeto de exhortación (Ef 4,1-6; Fil 1,27; 2,1-4; Col 3,12-15) y de súplica (Jn 17, 21-23). Pero el salmo la contempla como una realidad gozosa y la celebra con júbilo.

Somos –como Iglesia– «el buen olor de Cristo» (2Cor 2,14s), en la medida en que nos dejamos unguir por su Espíritu. La acción del Espíritu Santo unifica; por eso las divisiones son contradictorias con nuestro ser Iglesia (1Cor 1,11ss), lo mismo que los pleitos (1Cor 6,6ss): son «mal olor» que aleja de Cristo y de la Iglesia.

Como salmo de peregrinación, este bello poema nos indica que sólo unida puede la Iglesia avanzar adecuadamente hacia la Patria celeste.

Salmo 133 (134) . –En la noche bendecid a Dios

Invitación a bendecir al Señor durante la noche (vv.1-2). A esta alabanza responde la bendición – siempre eficaz– de Dios sobre su pueblo (v.3), con la que culminan los salmos de peregrinación.

De Jesús se nos dice repetidamente en los evangelios que pasaba la noche en oración (Lc 6,12). Siguiendo su ejemplo, la tradición cristiana ha valorado la noche como momento privilegiado de oración. Cuando todo calla, emerge con particular fuerza la presencia y la voz de Dios. Verdaderamente, «la noche es tiempo de salvación». También durante la noche continúa la «peregrinación»: de ahí la actitud de «velar y orar» (1Tes 5,4 ss; Mt 24,42-44; 25,13).

No sólo en la noche cronológica; también en la «noche del espíritu» se debe permanecer en la casa de Dios bendiciéndole, cantando sus alabanzas (Sal 42,9) y buscándole incluso en medio de la angustia (Sal 77,3.7). Más aún, precisamente entonces es cuando más hay que insistir en la oración, como el propio Jesús en su agonía (Lc 22,44).

El creyente pasa la noche de esta vida bendiciendo a Dios en su casa, en espera de que llegue el Día (Rom 13,12) en que veremos a Dios cara a cara y le bendeciremos por toda la eternidad (Ap 4,8-11; 5,8.14).

Si el salmo –como parece– se refiere a los sacerdotes, entonces la oración nocturna cobra un nuevo sentido: intercesión del pueblo sacerdotal por todos los hombres, súplica que implora la bendición de Dios para aquellos que están en el «sueño» del pecado o de la falta de fe...

Salmo 135 (136) . –Es eterna su misericordia

Es un magnífico himno de alabanza y acción de gracias en forma de letanía. Los judíos la recitaban por Pascua como reconocimiento al Dios que pasó y pasa derramando bendiciones sobre su pueblo. Tras la invitación inicial (vv. 1-3) se agradece el don de la creación (vv. 4-9) y las intervenciones de Dios en la historia de Israel (vv.10-25), para concluir como había empezado (v.26). Al pueblo de

Israel le gustaba detallar uno a uno los motivos para el agradecimiento; en efecto, su misericordia no es algo abstracto o genérico, sino que se concreta en multitud de detalles. Todas las realidades naturales y los acontecimientos de la historia del pueblo aparecen envueltos en esta misericordia, en este amor de Dios, que es eterno, porque Dios mismo «es amor» (1Jn 4,16).

El corazón humano de Cristo vive agradecido: «En aquel momento, Jesús, lleno de gozo en el Espíritu Santo, dijo: Yo te bendigo, Padre...» (Lc 10,21); «Padre, te doy gracias...» (Jn 11,41). Experimenta la gratitud porque constantemente resuena en su corazón la voz del Padre: «Tú eres mi Hijo amado» (Mc 1,11), se sabe rodeado por la ternura, la bondad y el amor del Padre.

Si el pueblo de Israel podía alabar y agradecer la misericordia de Dios manifestada en la creación, en la liberación de Egipto y en el don de la tierra, ¡cuánto más nosotros, que en Cristo hemos sido liberados de la esclavitud del pecado (Rom 6,6.14.22) y del miedo a la muerte (Hb 2,15), hemos sido constituidos «ciudadanos del cielo» (Fil 3,20) y estamos ya «sentados con Cristo en el cielo» (Ef 2,4-6)! Más aún, el salmo queda abierto y pide ser completado por las maravillas que Dios ha realizado en la historia de la Iglesia, una historia de conversión y santidad de alcance inconmensurable, porque se trata de «una multitud inmensa que nadie podía contar de toda nación, razas, pueblos y lenguas» (Ap 7,9).

Y pide ser prolongado con nuestra propia historia personal, que es también una historia de gracia y salvación. Es lo que apunta san Ignacio en la «Contemplación para alcanzar amor»: sólo si aprendemos a descubrir los signos y detalles del amor de Dios en nuestra vida podremos convencernos de verdad de que Dios nos ama y podremos corresponderle, pues «si no conocemos que recibimos no despertamos a amar» (Sta. Teresa). Más aún: este amor de Dios que nos cuida en la vida cotidiana (v.25), precisamente porque es eterno, va a seguir actuando; el salmo queda abierto también al futuro: la experiencia de lo recibido nos abre con confianza a lo que está por venir. Verdaderamente nada ni nadie «podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús» (Rom 8,29).

Salmo 150. –Creados para alabar a Dios

Si el salterio iniciaba proclamando «dichoso» al hombre que vive según la voluntad de Dios (1,1ss), termina con una invitación universal a la alabanza: «todo ser que alienta alabe al Señor». Doce veces resuena en estos pocos versículos el mandato «alabad», y una vez más la exhortación «alaben». Tanto en el templo de Jerusalén como en el templo de la creación (v.1), Dios debe ser alabado por la grandeza que posee en sí mismo y por las maravillas que realiza (v.2). La enumeración de los instrumentos musicales (vv.3-5) convierte este salmo en una grandiosa sinfonía que comienza y termina con la misma palabra: «¡Aleluya!» (= alabad a Yahveh).

Que el salterio culmine con esta gran doxología, indica cuál es el fin de la existencia humana: «el hombre ha sido creado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor» (san Ignacio). «Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios» (1Cor 11,31). El hombre no es fin en sí mismo. Así lo proclama la liturgia cristiana en el centro de la celebración eucarística: «Por Cristo, con Él y en Él, a ti Dios Padre Omnipotente todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos» (doxología final de la plegaria eucarística).

Más aún, si esta es la última palabra del salterio, nos está orientando más allá de la historia humana, nos remite a la liturgia celestial. La creación y la redención desembocan en el Aleluya eterno de los redimidos, en el canto triunfal que entonaremos por toda la eternidad en honor de Dios y del Cordero (Ap 19,1-10).